

Revista de estudios en antropología

Expedicionario



Escuela de Antropología e Historia del Norte de México · Año I · Número II · julio-septiembre del 2015



**El *Profe* Juan Luis
Sariego Rodríguez**

**Experiencias y
legado del impulsor
de la antropología
en el norte de México**

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA



directorio

Instituto Nacional de Antropología e Historia

María Teresa Franco González
Dirección General

Diego Prieto Hernández
Secretaría Técnica

Leticia Perlasca Núñez
Coordinación Nacional de Difusión

Escuela de Antropología e Historia del Norte de México

Emiliano Gallaga Murrieta
Director

Arturo Herrera Bautista
Secretaría Académica

Mónica Sofía Iturbide Robles
Subdirectora de Difusión, Vinculación y Extensión

Comité editorial

Andrés Oseguera Montiel
Daniel Calderón Carrillo
José Abel Valenzuela Romo
Tobías García Vilchis

Responsable de la edición

Tobías García Vilchis

Edición y diseño

Frida Salcido Hernández

Fotografía de portada

Colección privada del Dr. Juan Luis Sariego

Fotografía de contraportada

Luis Urías Hermosillo

Expedicionario. Revista de estudios en antropología, Año 1, No. II, julio-septiembre de 2015, es una publicación trimestral, editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Córdoba 45, Colonia Roma, C.P. 06700, Delegación Cuauhtémoc, México, Distrito Federal. Editor Responsable: Tobías García Vilchis. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2015-052115002600-102. ISSN: en trámite. Ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de Título y contenido: en trámite, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Calle 5 de febrero e Instituto Politécnico Nacional (Calle 28) #301, Col. Guadalupe, C.P. 31410, Chihuahua, Chihuahua. Imprenta: Talleres de impresos Olé, Culiacán 2712, Colonia Avícola 2, Chihuahua, Chihuahua. C.P. 31410. Este número se terminó de imprimir el 30 de septiembre de 2015 con un tiraje de 1000 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Expedicionario

Año I Núm.II Julio- septiembre de 2015
Expedicionario. Revista de estudios en antropología

Índice

Presentación

Andrés Oseguera M.

Juan Luis Sariego: in memoriam 1
Luis Reygadas

La formación de antropólogos en el norte de México: Reflexiones a partir de la experiencia de la EAHNM 4
Margarita Hope

Estudiar en las orillas. Una experiencia vivida de la mano del Profe Juan Luis Sariego Rodríguez 7
Irma Gabriela Fierro Reyes y Ricardo Rodríguez González

La vida en citas 9
Raúl García Flores

Juan Luis Sariego y su contribución a la formación de investigadores en el norte de México. Una visita a mis recuerdos de estudiante 11
Enrique Soto Aguirre

Comunidad. Un concepto central en la obra de Juan Luis Sariego 14

Andrés Oseguera M.

A Juan Luis Sariego Rodríguez, que estará “tejiendo la filigrana” donde quiera que se encuentre 17

Claudia Delgado Ramírez

Juan Luis Sariego. Antropólogo de los despojados 19
Victor M. Quintana S.

Juan Luis Sariego: un maestro ejemplar 21
Amelia García Ramírez

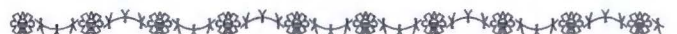
Juan Luis Sariego y su “Antropología de la Tarahumara” 22

Arturo Mario Herrera Bautista

A mi marido amadísimo 28
Lorelei Servin

Actividades culturales de la EAHNM 31
Mónica S. Iturbide Robles

El Aprendiz 33





Presentación

Andrés Oseguera M.

Juan Luis Sariego Rodríguez, conocido coloquialmente como el Profe, será recordado como un antropólogo excepcional que decidió fundar una escuela donde no existía proyección alguna para la enseñanza de la antropología en particular y las ciencias sociales en general. Un pionero que, para usar una metáfora por demás pertinente para la región norteña de México y para los temas académicos -como la minería- del mismo Sariego, inició picando piedra en un árido desierto en términos de alternativas académicas; en una época donde la educación superior y en especial, la enseñanza de las disciplinas en ciencias sociales se concentraba en el centro de México. Y en efecto, si en algo se enfocó el Profe durante su larga trayectoria en Chihuahua fue en la búsqueda de la descentralización institucional (financiera e ideológica) mediante la formación de cuadros académicos regionales; con propuestas teóricas que se distanciaban de los enfoques provenientes de una academia dominante. Su visión y meta se concentró en la consolidación de una antropología del norte de México, hecha por estudiantes y académicos de esta amplia región para marcar los contrastes con otras perspectivas teóricas y académicas.

Pero no es sólo que Sariego, junto con otros colegas también aventureros y emprendedores como Margarita Urías, Augusto Urteaga y Luis Reygadas, se propusiera abrir la Escuela Nacional de Antropología e Historia- Unidad Chihuahua; su compromiso institucional implicaba un compromiso con la sociedad. La antropología que se encargó de impulsar tuvo un claro enfoque aplicado derivado de su interés de realizar investigaciones que se vieran reflejadas en los grupos de interés académico, en concreto con las sociedades indígenas de la sierra Madre Occidental. Esta preocupación por la acción social fue una de las principales características de la antropología de esta región: una antropología de corte fundamentalmente aplicada para que los mismos estudiantes logran posicionarse en el mercado laboral que ofrece oportunidades para los académicos comprometidos con la acción social y no tanto con la investigación. Los temas centrales de estudio, que se reflejaban en el plan curricular de la ENAH-Chihuahua, tenían que ver con el desarrollo comunitario; el análisis crítico de las políticas públicas y el papel de las distintas instituciones sociales encargadas de mitigar la pobreza de la población indígena.

Su marcado interés por la formación de cuadros no sólo se reflejó en la consolidación de una planta de profesores para la licenciatura; también impulsó la apertura de la maestría en Antropología Social. Un programa de posgrado que contra viento y marea Juan Luis Sariego se empeñó en echar a andar. Tocó puertas, como lo hizo para abrir la ENAH-Chihuahua y, después de algunas negativas y contratiempos, se abrió la maestría con el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), una institución que tenía puesta su mira en el norte del país para emprender un programa de posgrado. Por más de diez años y bajo un convenio de carácter interinstitucional, en la maestría de Antropología Social se han venido formando especialistas en temas diversos pero enfocados en problemáticas regionales. Juan Luis Sariego se sentía realmente satisfecho y orgulloso al ver cómo los egresados de este posgrado lograban obtener premios nacionales y estatales por su tesis presentada en examen de grado y convertida posteriormente en libro o en textos científicos.

Si algo definió la trayectoria del Profe fueron sus clases. Tiene un merecido reconocimiento de los alumnos que tuvieron la oportunidad de tomar clases con él. Además de haber sido considerado como un excelente maestro, era reconocido por el interés que mostraba en la trayectoria personal de los estudiantes para apoyarlos en la medida de sus posibilidades. Un profesor intachable, ejemplar, erudito, apasionado, al que le debemos mucho como profesores y como estudiantes por esta ejemplar vocación docente.

Este número del Expedicionario está dedicado a él. Los textos que a continuación se presentan buscan transmitir el gusto de haber conocido a este antropólogo ya sea como maestro o como amigo. La mayoría de estos textos sólo recogen las anécdotas y experiencias en el aula y fuera de ella. Otros texto profundizan en alguna temática de su extensa obra, esperando que sea una primera incursión a los distintos temas pendientes que ha dejado delineados en diversas publicaciones y que son referencia obligada para tener una visión de la complejidad social del norte de México.



Juan Luis Sariego (Oviedo 1949-Chihuahua 2015): in memoriam

Luis Reygadas

Juan Luis Sariego Rodríguez nació en Oviedo, en la región de Asturias, en España, el 25 de diciembre de 1949. Él y su hermano gemelo, Jesús Manuel, fueron el segundo y tercer hijos de los seis varones que tuvieron Silvino Sariego y Margarita Rodríguez. El abuelo paterno de Juan Luis fue minero, ejerció el oficio de entibador en las minas de carbón de Asturias. A él le dedicó Juan Luis su libro *Enclaves y Minerales en el norte de México*, en el que analizó las dinámicas laborales, urbanas y sociales en dos ciudades mineras, Cananea y Nueva Rosita. Esa intersección entre trabajo industrial y comunidad, que fue uno de los temas que atravesó toda la obra de Sariego, también se entrelaza con su biografía: cuando Juan Luis tenía 4 años la familia se fue a vivir a Corrales de Buelna, una pequeña localidad cercana a Santander en la que toda la vida comunitaria giraba alrededor de la empresa siderúrgica “Nueva Montaña Quijano, S. A.”, en la que su padre trabajó durante varios años como ingeniero.

Como no había escuelas de bachillerato en donde vivían, sus padres decidieron inscribir a Juan Luis y sus hermanos en el Colegio del Sagrado Corazón, un internado de los jesuitas que recién se había abierto en las afueras de ciudad de León. Así, en octubre de 1959, cuando los gemelos aún no cumplían 10 años, comenzaron a estudiar en dicho internado. Al final del bachillerato Juan Luis estuvo un año en el Colegio de Burgos para preparar el examen preuniversitario. Después de aprobar este examen decidió incorporarse a la Compañía

de Jesús y en septiembre de 1966 se trasladó a Villagarcía de Campos (Valladolid) para iniciar su noviciado. Como parte de su formación, en los veranos tuvo que realizar las denominadas “experiencias sociales”, en las que los novicios tenían que ganarse el sustento mediante trabajos, generalmente manuales. En su caso en el verano de 1967 trabajó como peón albañil en una empresa de Ponferrada (León) y durante el verano de 1968 estuvo de asistente-enfermero en un asilo de ancianos y enfermos crónicos en Toro (Zamora). De 1968 a 1971 estudió la Licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad de Comillas, en Madrid, período en que fue consolidándose su compromiso político y social. En 1971 decide irse como misionero a África, a la República del Chad, en donde vivió durante dos años en una comunidad nar. Para fortuna de la antropología, su superior en el Chad, un sacerdote belga que era lingüista, le prohibió hacer cualquier tipo de trabajo de convencimiento religioso y le dijo que su principal tarea consistiría en convivir con los nar y aprender su lengua, para redactar un método que sirviera para que los próximos misioneros aprendieran con mayor facilidad el nar. Nació entonces lo que fue la pasión de Juan Luis Sariego por el trabajo de campo antropológico. Apoyado en algunas nociones de lingüística estructural se adentró en la cultura nar y en 1973 escribió y publicó su primer libro: *Recueil de textes nar (Tchad)*.

Al regresar a España, en 1973 y 1974 comenzó estudios de sociología con especialidad en Antropología Social en la Universidad Complutense. En aquella época, en el contexto de la España franquista, no existían las mejores condiciones para estudiar antropología, por lo que comenzó a explorar alternativas para estudiar en otro país. Pensó en irse a Manchester, pero finalmente decidió irse a México, a donde llegó en 1975. Al poco tiempo de llegar a este país dejó la Compañía de Jesús. En la ciudad de México estudió la Maestría en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana, en donde conoció a Ángel Palerm, quien comenzó a dirigir su tesis sobre trabajo minero y comunidades mineras en Cananea y Nueva Rosita. A la muerte de Palerm, Carmen Viqueira dirigió la tesis de Juan Luis, que en 1986 obtuvo el Premio Fray Bernardino de Sahagún otorgado por el INAH a la mejor tesis de maestría en Antropología Social.

Juan Luis trabajó de 1975 a 1977 como becario/ayudante de investigación en el recién formado CISINAH (hoy CIESAS). En 1978 contrajo matrimonio con Patricia Cabrera Murillo y en 1982 nació su hija Ana Yunuén Sariego Cabrera. Entre



Imagen 1. ENAH Primeros años, Juan Luis acompañado por Eugeni Porras, Augusto Urteaga, Luis Urías entre otros.



1978 y 1982 Sariego fue profesor investigador del CIESAS, en donde participó en el proyecto de Investigación “Los mineros mexicanos”, junto con Victoria Novelo, José Díaz Estrella, Raúl Santana, Federico Besserer y Daniel González. Entre 1982 y 1998 trabajó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en donde fundó la maestría en Antropología Social junto con Eckart Boege, Néstor García Canclini y Augusto Urteaga.

Además de convertirse en un investigador académico reconocido, Sariego tuvo una fuerte sensibilidad social y se sentía muy atraído por proyectos de antropología aplicada. Esta inclinación se hizo patente en los meses que siguieron al terremoto de 1985, cuando coordinó la encuesta, realizada por el INAH, sobre “Los efectos sociales en el Centro Histórico de la ciudad de México, derivados de los sismos de septiembre de 1985”. En 1986 y 1987 coordinó un proyecto de investigación por convenio entre la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la Comisión de Fomento Minero (CFM) y la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal (SEMIP), para realizar un estudio sobre “La participación del Estado en el desarrollo de la minería mexicana durante el siglo XX”.

En esa época Juan Luis Sariego y Patricia Cabrera se divorciaron. Este hecho, junto a su experiencia de muchos años de investigar en el norte del país, hizo pensar a Juan Luis en la posibilidad de cambiar su lugar de residencia. En 1988 se fue a vivir a Chihuahua, con la idea de formar una carrera en antropología en esa entidad, tomando en cuenta que no existía ninguna alternativa de formación de antropólogos sociales en toda la región norte de México. Junto con Lourdes Pérez, Víctor Quintana, Luis Reygadas, Margarita Urías y Augusto Urteaga coordinó el estudio diagnóstico y la propuesta que llevaría en 1990 a la fundación de la ENAH-Chihuahua (hoy Escuela de Antropología e Historia del Norte de México). Por diversas razones, los otros fundadores de la ENAH Chihuahua dejaron de trabajar en esta Escuela, pero Juan Luis Sariego continuó trabajando en ella durante el resto de su vida.

A partir de 1993 Sariego estudió el doctorado en Ciencias Antropológicas en la Universidad Autónoma Metropolitana, en donde presentó la tesis “La cruzada indigenista en la Tarahumara”, dirigida por Esteban Krotz, misma que obtuvo el Premio Fray Bernardino de Sahagún otorgado por el INAH a la mejor tesis de doctorado en Antropología Social en 2001.

En la ENAH Chihuahua fue también el fundador de la maestría en Antropología Social, la cual coordinó de 2003 a 2008. Invitados en su mayoría por Juan Luis, han impartido clases en esta Escuela decenas de los mejores antropólogos mexicanos. Durante 27 años Juan Luis vivió en la ciudad de Chihuahua, los últimos 22 junto con Lorelei Servín, con quien se casó en diciembre de 1993.

La obra de Juan Luis Sariego es un referente en los estudios sobre la minería en México, lo mismo que en el campo de la antropología industrial y la práctica del indigenismo en México. En su legado antropológico quedan, entre muchas otras

aportaciones, sus análisis sobre los procesos de trabajo en minas, maquiladoras y otras industrias, la indagación de las relaciones entre trabajo y entorno urbano, entre empresas y comunidades mineras, así como su discusión sobre las limitaciones del concepto de comunidad para explicar las realidades de los raramuri, y sus agudos análisis sobre los modelos de desarrollo en la Sierra Tarahumara. Paladín de la antropología aplicada, sus escritos son muy sólidos desde el punto de vista académico y conceptual. Defensor enjundioso de la antropología norteamericana, sus reflexiones se enraízan en las mejores tradiciones de la antropología mexicana y mundial. Sus alumnos lo describen como maestro comprometido que se entusiasmaba en sus clases, a las que llegaba siempre con textos y materiales audiovisuales preparados por él. Apasionado del trabajo de campo investigó y formó a muchas generaciones de antropólogos sobre el terreno, ya fuera en las minas de Hidalgo, Sonora, Coahuila, Chihuahua, Zacatecas y San Luis Potosí, en los centros históricos de Chihuahua y la ciudad de México, en las maquiladoras de Ciudad Juárez, en los campos agrícolas de Sonora o en las montañas y barrancas de la Sierra Tarahumara. Supo combinar el trabajo etnográfico con la investigación cuantitativa y el trabajo de archivo. Generoso constructor de instituciones,

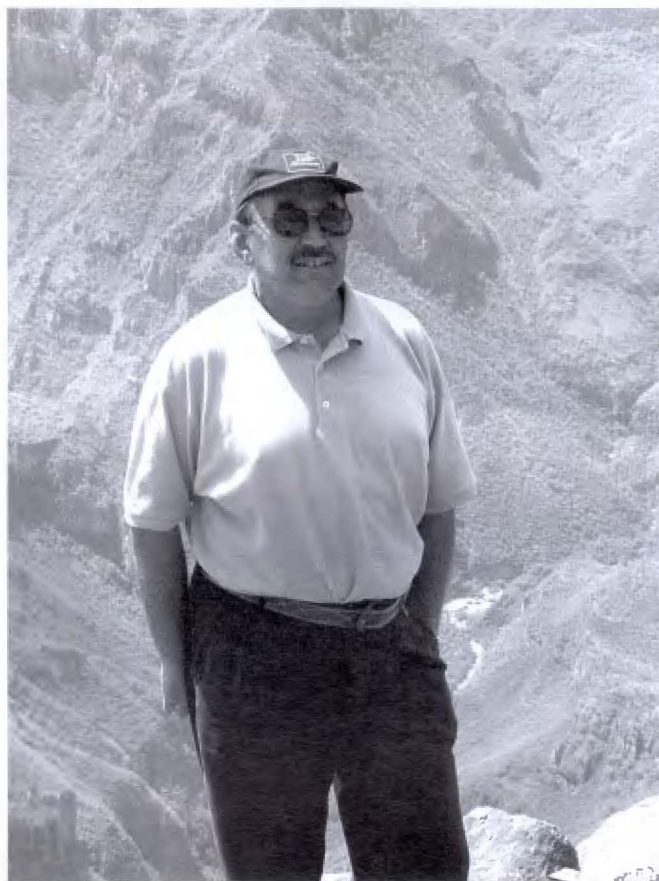


Imagen 2. Trabajo de campo en la Barranca de la Sinforosa, Chihuahua, 2002.

dejó una huella profunda en el CIESAS, en la ENAH y en la ENAH-Chihuahua. Obtuvo numerosos premios y distinciones, perteneció al Sistema Nacional de Investigadores desde 1987 y en 2012 fue nombrado Profesor Investigador Emérito del INAH.

Juan Luis Sariego murió el 4 de marzo de 2015 en la ciudad de Chihuahua. Será recordado como antropólogo, investigador y maestro, pero más que nada como un buen hombre, generoso y comprometido, que compartió sus palabras, su sabiduría y su amabilidad en todos los lugares en que vivió y trabajó.

Además de numerosos artículos, capítulos de libros e informes de investigación, en la obra de Juan Luis Sariego destacan los siguientes libros:

·1973 *Recueil de textes nar* (Tchad), Ed. Groupe de Recherche, Fort Archambault, República del Chad, África.

·1978 *Los mineros de la Real del Monte. Características de un proceso de proletarianización*, Cuadernos de la Casa Chata, CINSINAH, edición agotada, México.

·1978 *Educación y trabajo en el sector industrial. Diseño de investigación*, Centro de Experimentación para el Desarrollo de la Educación Tecnológica (Cedeft. OEA-SEP), México.

·1980 *Educación y trabajo en el sector pesquero*, Centro de Experimentación para el Desarrollo de la Educación Tecnológica (Cedeft, OEA-SEP), México.

·1983 En coautoría con Besserer, Federico y Victoria Novelo, *El sindicalismo minero en México. 1900-1950*, Era, México.

·1987 En coautoría con Cimet E., M. Dujovne, N. García Canclini, J. Gullco, C. Mendoza, F. Reyes, G. Soltero y E. Nieto, *El público como propuesta. Cuatro estudios sociológicos en museos de arte*, Cenidiap, Colección Artes plásticas, INBA, México.

·1988 *Enclaves y Minerales en el norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita. 1900-1970*, Ediciones de la Casa Chata, México.

·1988 En coautoría con L. Reygadas, M.A. Gómez y J. Farrera, *El estado y la minería mexicana. Política, trabajo y sociedad durante el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, edición agotada, México.

·1994 *La lucha de los mineros de Chihuahua por el contrato único (1937-1938)*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, Chih.

·1998 En coautoría con Contreras, O., A. Covarrubias, M.A. Ramírez, Cananea. *Tradición y modernidad en una mina histórica*, M.A. Porrúa y El Colegio de Sonora, México.

·1998 Sariego, J.L. (coordinador) *Trabajo, territorio y sociedad en Chihuahua durante el Siglo XX. Historia General de Chihuahua*, Tomo V. Período Contemporáneo, Gobierno del Estado de Chihuahua, ENAH Chihuahua y Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua.

·1998 *El Indigenismo en Chihuahua. Antología de Textos*,

ENAH Chihuahua-Fideicomiso para la Cultura México-USA, Chihuahua, 1998.

·2003 *El indigenismo en la Tarahumara. Identidad, comunidad, relaciones interétnicas y desarrollo en la Sierra de Chihuahua*, INI-INAH, México, 2003.

·2006 *San Ignacio de Arareko. Guía para adentrarse al entorno natural y al saber tarahumara*, Gobierno del estado de Chihuahua.

·2007 *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*. Plaza y Valdés, Fundación Ford y Centro de investigación en alimentación y desarrollo, México.

·2008 *La Sierra Tarahumara: travesías y pensares*. Colección ENAH Chihuahua, Chihuahua, México.

·2008 *Retos de la antropología en el Norte de México. Primer Coloquio Carl Lumholtz* en el 15 aniversario de la ENAH Chihuahua. Colección ENAH Chihuahua. Chihuahua, México.

·2008 *El Norte de México. Entre fronteras. Segundo Coloquio Carl Lumholtz*. Colección ENAH Chihuahua, Chihuahua, México.

·2011 *La antropología de las orillas: prácticas profesionales en la periferia de la antropología mexicana*. Libro coordinado conjuntamente con Victoria Novelo. Ediciones de la Universidad Intercultural de Chiapas, San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

·2014 *Temas emergentes en la Antropología en las orillas*. Libro coordinado conjuntamente con Victoria Novelo. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

Este texto se publicó originalmente como "Juan Luis Sariego: in memoriam", en el Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A. C.. La antropología y la etnografía en los universos de la contemporaneidad, 2015, México, pp. 43-46)



Imagen 3. Juan Luis impartiendo conferencias.

La formación de antropólogos en el norte de México: Reflexiones a partir de la experiencia de la EAHNM

Margarita Hope
EAHNM



Imagen 4 Conferencia sobre Misiones Culturales en México. Montevideo, Uruguay, septiembre 2009.

La antropología que se hace desde la orilla de una tradición nacional tiene una perspectiva distinta de aquella que se escribe desde el centro, por lo tanto, la antropología que se enseña en la orilla es algo diferente también. Para ilustrar esto, compartiremos aquí un poco de la historia de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, antes ENAH Chihuahua, que está por cumplir 25 años desde su fundación.

En 1990, un grupo de antropólogos aventureros se adentró en tierras norteadas, se instaló en Chihuahua y fundó la primera escuela de antropología en el septentrión mexicano. Herederos de la escuela de Ángel Palerm, los precursores de la ENAH Chihuahua se dieron a la tarea de diseñar un plan de estudios con un enfoque regional que le imprimió características muy peculiares: por un lado, se trataba de una propuesta académica con una clara orientación hacia la antropología aplicada; por otro, representaba una búsqueda de emancipación de la antropología mesoamericanista en un afán de desarrollar una corpus teórico apropiado para el estudio de las sociedades norteadas; esto último implicaba, entre otras cosas, un fuerte componente de historiografía e historia regional en la tira de materias.

Juan Luis Sariago, fundador y profesor incansable de esta Escuela, lo decía así: “Dos, creo yo, fueron entonces los retos a los que, quienes en ella laborábamos –un puñado de cuatro profesores de tiempo completo–, decidimos darle prioridad. El primero consistió en comenzar a construir un bagaje teórico e interpretativo que nos ayudara a entender las peculiaridades de las sociedades norteadas, a las que los modelos clásicos de

la antropología mexicana, de raíces predominantemente mesoamericanistas, se adaptaban mal. La segunda –y esto surgió desde el momento del estudio diagnóstico como un reclamo de muchos de nuestros entrevistados– fue la necesidad de investigar, enseñar y aplicar formas prácticas del conocimiento antropológico que pudieran servir para explicar y resolver, con propuestas concretas, algunos de los problemas sociales que habíamos detectado” (Sariago Rodríguez, 2013, p. 32).

En su origen, concebida como una octava carrera de la ENAH en Cuicuilco, nuestra escuela ofrecía la licenciatura en Antropología, sin adjetivos. Las primeras generaciones estaban formadas principalmente por estudiantes para quienes la antropología era su segunda carrera o tenían ya varios años de haber concluido el bachillerato. La mayoría de ellos combinaban sus estudios con el trabajo. Tomando esto en consideración, se estableció un horario de clases de 8 a 12 horas, de manera que los alumnos tuvieran tiempo de llegar a sus trabajos vespertinos.

En poco tiempo la escuela llamó la atención de distintas instancias gubernamentales que solicitaban el apoyo y la participación de antropólogos en distintas tareas vinculadas a la planeación e implementación de políticas públicas en el estado de Chihuahua. A pesar de que los primeros antropólogos que impartían clases aquí tenían un interés mayor por los procesos de industrialización fronterizos, la minería, la migración y otro tipo de asuntos no necesariamente relacionados de manera directa con los grupos indígenas serranos, la demanda de asesoría por parte de diferentes instituciones que tenían proyectos y programas de trabajo en la Tarahumara, o con población indígena, hizo obligatorio que se centrara de manera importante la atención en esta región.

Uno de los efectos que esto tuvo en el proceso formativo de los alumnos fue, por un lado, una rápida inserción laboral (no en las mejores condiciones contractuales) que a veces dio como resultado una carrera inconclusa y, en términos escolares, bajos índices de titulación. Por otro lado, para aquellos que sí terminaron sus estudios y realizaron tesis de licenciatura, la situación antes descrita llevó al predominio de temas de investigación con una marcada preocupación en los procesos de vinculación cultural, económica, política y social de los indígenas con la sociedad nacional.

A diferencia de los estudios que se hacían desde el centro del país sobre los grupos indígenas que habitan en la Tarahu-



mara o de los trabajos de antropólogos extranjeros, las investigaciones que se desarrollaban en la ENAH Chihuahua tenían una clara vocación político-práctica (o aplicada). Al final de cuentas, la Sierra Tarahumara vista de cerca resulta menos idílica y más problemática de lo que la perciben aquellos que desde la distancia geográfica, política y social, encuentran en ella un lugar fascinante pues representa una combinación perfecta de bellos paisajes y exotismo cultural.

Tras la celebración de su décimo aniversario, la escuela había logrado un grado de consolidación que le permitió plantear la apertura de un posgrado en Antropología Social encabezado por Juan Luis Sariago con el apoyo y la colaboración del CIESAS. Este posgrado formó a la primera generación de alumnos egresados de la Escuela que se incorporaban como profesores de tiempo completo de la licenciatura. El alumnado también había cambiado, se trataba ya, en la mayoría de los casos, de estudiantes recién egresados del bachillerato; seguían sin ser estudiantes de tiempo completo porque muchos de ellos tenían que trabajar para sostener sus estudios, pero el perfil de ingreso y egreso se había modificado.

A la par de este proceso, entre 2004 y 2005, la ENAH Chihuahua recibió a un grupo de nuevos profesores provenientes de la ENAH México y participantes todos en el proyecto de Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio, de la Coordinación Nacional de Antropología. Claudia Harriss, especialista en Guarijíos, Eduardo Saucedo, con un proyecto de investigación sobre Tepehuanes, Gerardo Conde, también estudioso de los Guarojíos pero en el contexto urbano de Hermosillo, Andrés Oseguera y yo, Margarita Hope, interesados en la cultura pima.

Como una de nuestras tareas, llevamos alumnos de la escuela a realizar sus trabajos de campo dirigido y tutorado a las regiones habitadas por estos grupos. Algunos habían hecho ya recorridos por las regiones pima y guarijío con el Mtro. Eugenio Porras, otros también se vincularon al trabajo del Mtro. Horacio Almanza del Centro INAH en región pima.

Con la diversificación de las opciones que tenían los alumnos de la ENAH Chihuahua, surgieron también diferentes enfoques y temas en las investigaciones. En los últimos años se han presentado dos tesis sobre pimas, una sobre guarijíos y muchas otras sobre grupos culturales en las ciudades e incluso dos tesis sobre la ciber cultura. A la par de estas nuevas temáticas, se mantuvieron aquellas relacionadas con la antropología económica, la minería, la migración indígena y la educación.

Tras celebrar el 15 aniversario de nuestra escuela, la creciente diversidad al interior del plantel de profesores llevó a la discusión de los perfiles de ingreso y egreso de los estudiantes y a la revisión del plan de estudios elaborado en 1990.

Se establecieron varias mesas de trabajo en las que se discutía qué tipo de antropología se debía enseñar en la ENAH Chihuahua, qué perfil deberían de tener nuestros egresados y

cuáles eran sus opciones de inserción laboral. Los debates eran arduos y acalorados, a veces se llegaba a muy pocos acuerdos.

Uno de ellos era la clara necesidad de modificar el plan de estudios, las alternativas eran varias y los puntos de encuentro entre ellas eran pocos. Por una lado había quienes proponían un plan de estudios con una formación básica común durante los primeros tres años y luego un año de especialización en gestión, docencia o investigación. Esta propuesta obedecía a la necesidad de prever que no todos los antropólogos (aunque la tradición así lo dijera) se iban a dedicar a la investigación y en realidad era la minoría quienes tendrían esa opción; mientras que los casos empíricos mostraban que la mayoría de nuestros egresados se dedicaban a la gestión o a la docencia.

Otros proponíamos un plan de estudios con una formación antropológica "universal" y líneas de investigación específicas para el norte. Con la idea de que un antropólogo bien formado como investigador podría desempeñar sin problemas un trabajo de gestión o dedicarse a la docencia; en cambio un antropólogo que se hubiera formado exclusivamente como docente o gestor difícilmente podría hacer investigación en caso de que se presentara la oportunidad. En fin, que al norte le hacía falta investigación antropológica que no sólo partiera de la máxima de que estábamos en un contexto muy distinto al mesoamericano, sino que diera cuenta de las particularidades de esta vasta región y la definiera o delimitara en sus propios términos. Una tarea que todavía está pendiente.

Uno de los pocos acuerdos a los que se llegó después de esas entusiasmas y, por momentos, álgidas discusiones, fue la necesidad de consolidar a la ENAH Chihuahua como un referente para la investigación en el norte de México, pero, al mismo tiempo, como una institución formadora de antropólogos preparados para trabajar en cualquier contexto. Bonito en el papel, difícil en la práctica. No necesito aclarar que todavía nos falta mucho camino por recorrer para lograrlo.

Ese camino lo empezamos a andar en el momento que se planteó la necesidad de abrir nuevas carreras en la escuela. Esto requería, en primer lugar, del reconocimiento de la ENAH Chihuahua como una tercera escuela del INAH y no sólo como la octava carrera de la ENAH; en segundo lugar, era necesario definir cuáles serían las nuevas disciplinas ofrecerían y cuál sería el nuevo plan de estudios para la carrera de antropología que, para este momento, ya se asumía que debía de llevar el apellido de "social".

La opción lógica para la apertura de una nueva disciplina era Historia, sin embargo, en un primer momento se planteó como programa de posgrado debido a que la UACH acababa de abrir una licenciatura de Historia y se pensó que eso satisfaría la demanda de esta disciplina. Poco después, la UACJ abrió el programa de maestría en Historia y se decidió dejar ese proyecto en espera para nuestra escuela. Esto abrió de nuevo el debate sobre qué carreras se deberían de ofrecer.



Tras la celebración del 20 aniversario de la ENAH Chihuahua se inició el proceso de cambio de estatus jurídico que le diera a la escuela la posibilidad de abrir nuevas carreras y emitir sus propios títulos de grado y posgrado. La colaboración con académicos de la ENAH se transformó en una mesa de trabajo de diseño curricular que propuso un plan de estudios con tronco común y 4 licenciaturas de nueva creación: Arqueología, Antropología Física, Lingüística Antropológica y Antropología Social (técnicamente Antropología social es de nueva creación aunque es la continuidad de la licenciatura en Antropología de la ENAH Chihuahua).

En el 2012, la ENAH Chihuahua se transformó en la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México y con esto abrió un nuevo capítulo para la antropología nortea. A la ampliación de la oferta de ciencias antropológicas se suma la creación de una unidad de la Escuela en Creel, que representa un reto enorme y, por supuesto, una nueva discusión sobre la forma en que se concibe la formación de antropólogos en el norte, desde el norte y para el norte del país. Los debates están más vivos que nunca y los acuerdos a veces no son suficientes para definir qué sigue ahora para la EAHNM y qué antropólogos queremos formar.

Son muchas las cosas que se han logrado en la escuela y por supuesto también ha habido algunos momentos críticos en los que incluso se dudó de la continuidad del proyecto, sin embargo, como diría Juan Luis con motivo del 20 aniversario de la Escuela: “es bueno recordar que, a pesar de que por mucho tiempo tuvimos que enfrentar serios problemas de operación por falta de apoyos y recursos, derivada del centralismo que suelen padecer las grandes instituciones como el INAH y hasta del olvido, a pesar de todo eso, en 20 años las tareas de nuestra Escuela nunca se han interrumpido, se han hecho trabajos de campo e investigaciones en temáticas cada vez más diversificadas y nuestros alumnos, cada vez más numerosos, son hoy reconocidos en muchos lugares del Norte de México” (Sariego Rodríguez, 2013, p. 34).

Nuestra disciplina se ha ido consolidando, ahora estamos organizados como departamento de Antropología Social, la maestría se encuentra en el PNPC y se empieza a considerar la posibilidad de abrir un doctorado. Con el nuevo plan de estudios y un tronco común, nuestros alumnos ganan una formación holística. Sin embargo, se corre el riesgo de dejar atrás esos rasgos particulares de la formación antropológica en el norte por los que tanto se trabajó.

Por otro lado, las condiciones que se viven hoy aquí en Chihuahua son hartamente distintas de aquellas en las que se fundó la Escuela; las circunstancias políticas y sociales actuales son de enorme complejidad y algunos rasgos que solían caracterizar a la sociedad nortea, particularmente chihuahuense, como su actitud comprometida con las causas que considera justas, se han ido desdibujando a luz de una preocupación mayor, la violencia.



Imagen 5. Juan Luis en Normandía.

El camino que se ha recorrido es mucho y hemos llegado a un punto en el que tenemos que decidir por dónde seguir. Narro esta breve historia en un momento crucial para la antropología social en esta Escuela, una encrucijada. Este verano graduó la última generación del plan 1990, oficialmente dejamos atrás aquel proyecto original que tanto logró gracias al tesón, el cariño y el ingenio de nuestro querido Juan Luis Sariego, a quien hoy echamos profundamente de menos.

Su legado es enorme. En primer lugar, Juan Luis nos deja esta escuela, sin él no estaríamos aquí. Nos deja también su obra (de largo aliento); pero además y sobre todo, nos deja su maravilloso ejemplo: el del maestro incansable y paternal, íntegro y de enorme calidez humana. Juan Luis formó a más de 20 generaciones de antropólogos aquí en Chihuahua y casi 30 en México. Todos sus alumnos lo recuerdan con cariño, admiración y agradecimiento.

Su partida, tengo que confesar, nos sitúa un poco en la incertidumbre de por dónde seguir. Espero que quienes nos quedamos aquí en su escuela podamos ser dignos herederos y logremos continuar la labor que él inició hace ya 25 años: la consolidación de una antropología descentralizada, una epistemología del norte (retomando la idea de Boaventura de Sousa para las epistemologías del sur) una escuela de antropología emancipada en la que se formen antropólogos críticos y comprometidos.

Referencias bibliográficas

- Sariego Rodríguez, J. L. (2013). ¿Qué futuro para la antropología en el norte de México? In M. Iturbide (Ed.), *La investigación antropológica y la formación profesional en el norte de México* (pp. 27-40). Chihuahua: Escuela de Antropología e Historia del Norte de México/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Estudiar en las orillas. Una experiencia vivida de la mano del Profe Juan Luis Sariego Rodríguez

Irma Gabriela Fierro Reyes
EAHNM-Creel
Ricardo Rodríguez González
EAHNM-Creel



Imagen 6. En trabajo de campo en la Sierra Tarahuaera.

Uno de los últimos –y quizá de los más provocadores– aportes que Juan Luis Sariego hizo a la antropología mexicana fue su obra *“Antropología en las orillas”*; un trabajo que en 2011 se vio materializado gracias a la colaboración de un grupo de colegas y amigos (encabezados por Juan Luis Sariego y Victoria Novelo) que se dedican a la antropología en lugares “periféricos”, como lo son Baja California, Chiapas, Chihuahua, Colima y Yucatán (Novelo & Sariego Rodríguez, 2011).

Pero, ¿qué es eso de las antropologías en las orillas? Se trata de una profunda reflexión sobre el ejercicio antropológico en aquellas regiones de nuestro país que históricamente no han sido favorecidas por el discurso oficial centralista, el cual poco se ha ocupado por aquello que sucede allá donde –en palabras José Vasconcelos– “la civilización termina y comienza la carne asada”; esas regiones del norte y del sur que no cumplen con los parámetros impuestos por las ideas monumentalistas y patrimonialistas en México.

Como precursor del estudio antropológico en el norte del país y fundador de la primera escuela de antropología en la región, Sariego sabía con creces lo que es enfrentarse al centralismo impuesto por el Estado mexicano; a la concentración del poder y a la conformación de zonas periféricas en el campo de la antropología en México; a la hegemonización del conocimiento y a la imposición de paradigmas de análisis ajenos a las identidades y a la enorme heterogeneidad cultural que caracteriza a esas periferias.

Pese a todas las dificultades que implica crear y sostener un proyecto de formación antropológica en un estado como Chihuahua, a lo largo de su trayectoria como profesor de la ENAH Chihuahua (ahora convertida en EAHNM), Juan Luis siempre estuvo preocupado por cultivar en sus estudiantes un espíritu de aventura, invitándonos a salir de nuestras trincheras y conocer otros sitios. Sus palabras aún resuenan en nuestra memoria cuando recordamos aquellas invaluable horas vividas en las aulas; “ustedes vuelen muy alto mano, salgan de su alma mater, no tengan miedo de hacerlo”, solía decirnos constantemente.

Y justo en el 2011, mientras Sariego afinaba los últimos detalles de su obra dedicada a las orillas y sus antropologías, nosotros, motivados por ese entusiasmo y el deseo de “volar muy alto” aceptamos su consejo y nos embarcamos en la aventura de estudiar un par de maestrías muy lejos de nuestra tierra natal, en el estado de Yucatán. Desde el inicio, Juan Luis se mostró siempre atento a nuestro proceso de admisión y cómo se iban desarrollando cada una de sus etapas. Para él era motivo de satisfacción saber que sus estudiantes emprendían nuevos caminos, convencido de que “los egresados de la ENAH Chihuahua están a la altura de cualquier institución académica de calidad”.

Cuando nuestra mudanza a la península de Yucatán se convirtió en un hecho, Sariego nos repetía constantemente entre risas y bromas: “han iniciado un auto-exilio académico muy radical mano, a la hermana república de Yucatán”. Y quizá nuestra decisión expresaba, de alguna u otra manera, ese apego por las orillas. Llevaba implícitas las características de nuestra formación inicial y hacían manifiestos los encuentros y convergencias entre dos regiones del país tan distantes al centro, y con configuraciones históricas, económicas, políticas y sociales de suma particularidad, que las distinguen de él.

Pronto, y por decirlo de alguna manera, Sariego empezó a “abrirnos las puertas” en Yucatán, incluso un par de meses antes de vivir allá. Algunos correos electrónicos y unas cuantas llamadas telefónicas bastaron para que sus no pocos amigos radicados en la ciudad de Mérida estuvieran al tanto de nuestra llegada, nos recibieran en sus hogares, nos enseñaran qué hacían en los institutos que trabajaban y nos vincularan a las actividades culturales del lugar. “Háblale a fulanito mano, él es muy buen amigo mío, él les puede conseguir chamba si se ven muy atorados con la lana”; “mi amiga los espera en el Centro INAH Yucatán, platiquen con ella para que les cuente qué hace



por allá”, decía. Al cabo de un breve lapso de tiempo Ricardo y Gabriela fuimos conocidos como “los antropólogos norteños” en Yucatán; “el dúo dinámico”, tal y como Sariego nos llamaba desde la carrera.

Nosotros, que proveníamos de una “escuelita” de antropología que no muchos conocían, pronto nos dimos cuenta que la gran trayectoria docente y de investigación que Juan Luis había cosechado durante los últimos veinte años en el norte del país, era la mejor carta de presentación que podíamos tener. “Son alumnos del doctor Sariego” nos repetían constantemente en nuestros programas de posgrado; en dos instituciones que, a pesar de no estar dedicadas a la antropología social en sí, Juan Luis Sariego Rodríguez era y seguirá siendo un referente obligado y un colega estimado para sus investigadores.

Un par de meses después de haber llegado a la ciudad de Mérida, tuvimos la oportunidad de presenciar la presentación del libro “*Antropología en las orillas*”, para lo cual el propio Juan Luis visitó la capital yucateca. El evento coincidía con un coloquio interno organizado por el CIESAS Unidad Peninsular en torno al quehacer antropológico en tiempos de violencia. Fue en el marco de ese coloquio que se desarrolló una de las anécdotas protagonizadas por el Profe Sariego que más disfrutamos de manera personal.

Resulta que los académicos del CIESAS tuvieron a bien invitarlo a una cena al estilo yucateco, en la que degustaría de la comida regional, acompañada por un buen Xtabentún y una agradable serenata yucateca. Ante la formalidad de la invitación y la seriedad con la que los investigadores lo abordaban, Sariego simplemente volteaba a todos lados, como buscando a alguien. Al cabo de un rato hicimos contacto visual y pronto nos acercamos a él efusivamente, con la emoción de ver a un ser querido en tierras tan lejanas.

¡Profe!, ¡mi doc! fueron algunas de las expresiones con las que nos dirigimos a él ruidosa y afectuosamente, ante la mirada atónita de los investigadores del CIESAS que presenciaban la escena. Luego de esto, Sariego tomó la palabra y les dijo: “Bueno, yo ya me voy con mis alumnos los norteños, los de la Jeep verde que parece de la Baja Mil, ahí dejamos la cena pa’ después”. Enseguida nos dirigimos a un lugar en donde servían carne (no tan buena como la del norte), y disfrutamos de unas heladas “cheves”, como para recordar todas esas veces que comimos juntos en Chihuahua. Sin duda pasamos una velada de lo mejor; hablar con él, escucharlo y contarle cómo nos estaba yendo en Yucatán fue para nosotros una bocanada de aire fresco en medio del calor sofocante de Mérida.

Pero aquella anécdota no paró ahí. La negación por parte de Sariego para ir a cenar con sus colegas, pero sobre todo nuestra forma tan “descortés” de abordarlo fue reprendida por una de las autoridades del CIESAS Peninsular. Para esa persona era inadmisibles que un par de simples estudiantes de maestría se dirigieran así a una de las eminencias más importantes

de la antropología mexicana, lo cual sólo reflejaba nuestra falta de respeto e ignorancia. Sin embargo, lo que esa persona no sabía es que el Dr. Sariego, además de ser uno de los antropólogos más reconocidos de la escena nacional, era el fundador de nuestra escuela, nuestro querido profesor; uno de los más entrañables, cercanos y sinceros que hemos conocido hasta hoy; quien siempre nos exigió dejáramos los “títulos nobiliarios” y las “formalidades norteñas” de lado y lo llamáramos simple y sencillamente Juan Luis.

Este pequeño escrito es un homenaje personal para el hombre que nos demostró con su ejemplo, dedicación y calidez humana lo que un antropólogo puede lograr, más allá de las adversidades impuestas por el centralismo, la indiferencia institucional y el afán de competencia –descarnado y deshumanizante– que motiva a gran parte de la academia antropológica actual. Para el pionero que nos regaló la oportunidad de conocer la antropología en nuestro propio contexto; que con tesón no renunció a la idea de que “las orillas” son dignas de ser analizadas, de estudiar en ellas y para ellas. De él aprendimos que esto de la antropología no es una simple ocupación; que la antropología es una forma de vida, una visión del mundo que transforma a quien toca. Juan Luis Sariego nos enseñó que la antropología es algo así como una carrera de resistencia, en la que no importa llegar primero a la meta, sino alcanzar el final sin perder el ritmo, avanzando con constancia, temple y pasión; sin arriesgar la integridad física y espiritual en el intento.

Ahora, muchas de las condiciones que enmarcaron su experiencia como fundador de la ENAH Chihuahua, las vemos replicadas en el devenir cotidiano de la extensión Creel de la EAHNM; un proyecto educativo que para muchos puede no tener una razón lógica de ser, pero que sin lugar a dudas forma parte del legado que el propio Juan Luis nos heredó, y que encierra un compromiso social y educativo que la antropología del norte de México tiene para con las poblaciones indígenas de la región.

¡Gracias por todo Juan Luis Sariego Rodríguez! maestro, doctor, profesor e incansable investigador, pero sobre todas las cosas querido amigo ¡Hasta siempre profe!

Referencias bibliográficas

Novelo, V., & Sariego Rodríguez, J. L. (2011). *Antropología en las orillas*. México: Universidad Intercultural de Chiapas.



La vida en citas

Raúl García Flores
EAHNM - INAH

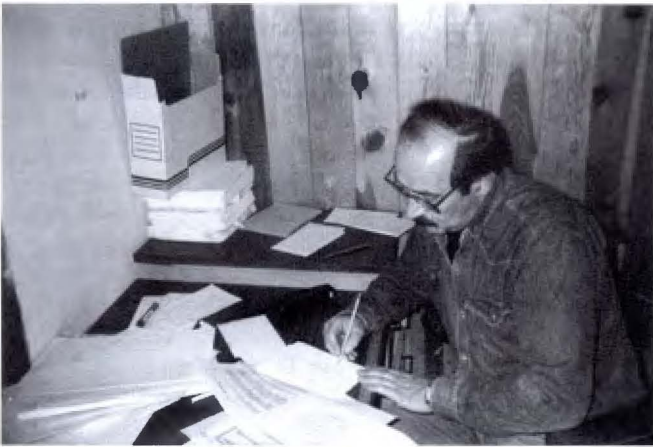


Imagen 7. Juan Luis Sariego en el rescate del archivo de Guachochi del Centro Coordinador Indigenista.

En múltiples ocasiones escuché a Juan Luis Sariego quejarse de la interminable solicitud de informes de trabajo, proyectos y del sempiterno currículum con documentación acreditable. Tarea fastidiosa, repetitiva y cruel con la naturaleza, porque ¡cuántos arbolitos mueren, convertidos en papel, cada vez que hay evaluación del Sistema Nacional de Investigadores!

Me parece que fue hace cuatro o cinco años cuando me lo encontré refunfuñando más que de costumbre por un reporte solicitado. No era por un informe habitual, de esos en que se pide una lista de frutos de investigación ("Podría notificarles que escribí La Vulgata de San Jerónimo y nadie se daría cuenta" solía afirmar), era el prelude a un rabioso dolor de cabeza. Los evaluadores del SNI consideraban bajarlo al Nivel II arguyendo que su producción científica no era "de largo aliento". Ante esa pretensión, era necesario impugnar y solicitar una revisión de forma más o menos cauta, por lo que no podría incluirse el ramillete de adjetivos que brotaba de la boca de Juan Luis. Consideré que ese era el momento para que anexáramos al expediente una relación de citas que había preparado para él y cada uno de los profesores de la escuela. Parece que el fruto de ese ejercicio bibliométrico dio resultado ante las instancias evaluadoras y nos sirvió para comprender mejor su trayectoria.

Al analizar el conjunto de obras en que se cita a Sariego pudimos rebasar la frontera del cariño. Una cosa es mostrar el gran aporte de su labor y otra demostrarlo con pruebas fehacientes. La colección de 687 documentos en que fue referido,

contemplando artículos, libros y tesis, da testimonio parcial de la herencia que dejó. Y digo parcial porque se nos escapan muchas tesis de licenciatura que reposan en bibliotecas regionales, de artículos en revistas que no conozco o de libros con un alcance limitado, más cercanos a la divulgación. Eso no impide que podamos vislumbrar un poco de su impacto en el gremio de antropólogos, historiadores y sociólogos.

Si lo buscamos por temas, Juan Luis es citado en la gran mayoría de los estudios sobre minería en los últimos 30 años; consecuencia del aspecto anterior, también se siente su presencia en las obras dedicadas a la antropología del trabajo. Cuando juntamos minería y trabajo, es casi imposible obviar la faceta de la organización obrera y es esta la última faceta destacada del primer conjunto temático en el que sobresalen, como caballos en carrera parejera, dos libros publicados en el mismo año de 1988: "*Enclaves y minerales en el Norte de México*" y "*El estado y la minería mexicana*", trabajo a ocho manos con Luis Reygadas, Miguel Ángel Gómez y Javier Farrera.

Quizá a muchos estudiantes les sorprenda el hecho de que Sariego no abordara en sus primeros estudios a los indígenas, el indigenismo y las políticas de desarrollo sino hasta su estancia en Chihuahua e incluso tardó algo más, pues fue en 1995 que publicó sus primeras observaciones sobre la Tarahumara. Pero una vez hecho, el caudal de citas lo colocó como un referente vital en Hispanoamérica, en particular con su tesis doctoral *La cruzada indigenista en la Tarahumara*, editada bajo el título "*El indigenismo en La Tarahumara*".

Es difícil calcular cuál de sus dos campos temáticos colectó el mayor número de citas; tengo la impresión de que sus investigaciones sobre el indigenismo llegaron más lejos (a Estados Unidos y Sudamérica) pero sobre la minería profundizó y le era más cercana: cada que las circunstancias lo permitían, volvía sus ojos al socavón.

Desde una faceta regional también detectamos su impacto. En tres partes del país se dejó sentir vivamente su obra: primero fue en el ámbito minero de Pachuca; todo aquel que escribiera sobre esa zona lo refería sin miramientos, si bien hay que aceptar que en los últimos años fue diluyéndose su influjo. El segundo fue el norte minero, ese que corre de Cananea a Nueva Rosita, que contiene a Parral, Santa Bárbara y Palau. El tercero, con el que marcó su presencia en la ENAH Chihuahua, fue la Sierra Tarahumara.

No nos extrañó que predominaran las citas a Sariego en revistas mexicanas (*Historia Mexicana*, *Relaciones*, *Desaca-*



Imagen 8. Juan Luis en Las Palmas de Gran Canaria.

tos), pues casi siempre optó por publicaciones nacionales y desdeñaba escribir en inglés. A veces era algo terco. Por ello nos agradaba verlo en *Latin American Research Review*, *Labor History* o el *American Hispanic Historical Review*. Lo que ya resultaba chocante era fichar artículos en revistas cuyos títulos apenas podíamos traducir o ubicar. ¿Qué decir de *Rethinking Development & Inequality* de Sudáfrica, en los ensayos ocasionales del Instituto de Economías en Desarrollo de Chiba (Japón) o en la publicación berlinesa de larguísimo nombre *Mexicon: Aktuelle Informationen und Studien zu Mesoamerika*?

Como a todo investigador, verse citado le causó un suave orgullo; es una bonita caricia al ego y una satisfacción saber que tanto trabajo sirve a otras personas. Creo que su mayor sensación de placer surgía al descubrirse en las tesis. Fieles a la instrucción que dicta CONACYT, fueron expurgadas de su colección las citas incluidas en las tesis que dirigió. Decenas de alumnos de licenciatura y posgrado fueron borrados, aunque muchos reaparecieron en la lista de libros por haberse publicado posteriormente sus textos. Desde las universidades yucatecas hasta las norteñas y tapatías, para decenas de investigaciones escolares se leyeron sus trabajos. A veces da la impresión de que se le prestó más atención en la capital mexicana, pero creo que sólo es por el mayor número de egresados de sus instituciones y por sus repositorios más organizados. En no pocas ocasiones, consultar una biblioteca de universidad estatal es aventura digna de cualquier romance caballeresco.

El acceso más o menos público de las disertations de universidades estadounidenses facilitó localizar sus citas. El avanzado proceso de digitalización fue una bendición y así pudimos verificar que primero fue citado (desde inicios de la década de 1980 en torno a la minería) en tesis extranjeras que en las nacionales, algo que poco a poco se revierte gracias a la internet.

Buscando su nombre en tantos textos también pudimos reírnos un poco. Por ejemplo, ese empeño en rebautizarlo como “José Luis Sariago” o su recurrente aparición en los trabajos de colegas y amigos como Luis Reygadas o Francisco Zapata e incluso, esa mezcla de desasosiego y suficiencia que le provocaba el hallarse en la bibliografía de *Culturas híbridas* de García Canclini (sensación que bien comprenderá todo aquel que nade en la Antropología).

Inicios de 2015. Para no correr riesgos, cuando volvió la cíclica evaluación del SNI ya estábamos preparados con nuestra colección actualizada. Después de año nuevo me envió un mensaje: “Esto me va a servir de mucho. Estoy saliendo de España para Chihuahua y espero nos veamos a fines de mes. Mil gracias Raúl por todo tu empeño en lo que hiciste para mí y que todo vaya bien con la familia”. No pudimos vernos. La última relación de citas que le preparé ya no pudo ser entregada a CONACYT. Me quedé con el escrito en las manos y su amistad en el corazón.



Imagen 9. Juan Luis en el Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, (IHEAL), París 2008.

Juan Luis Sariego y su contribución a la formación de investigadores en el norte de México. Una visita a mis recuerdos de estudiante

Enrique Soto Aguirre
Centro INAH-Baja California Ensenada

Introducción

En junio de 1990 terminé mis estudios de preparatoria con la firme intención de viajar al Distrito Federal para iniciar los propios en el ámbito de la arqueología, una disciplina que atrajo mi atención desde muy temprana edad. Los últimos días de la prepa, escuche a unos compañeros hablar de la fundación de una escuela de arqueología que la Universidad Autónoma de Chihuahua abriría en nuestra ciudad. Aunque mis intenciones ya estaban establecidas me di a la tarea de averiguar dónde estaría dicha escuela y cuáles eran sus planes de estudio.

Un día de junio del '90, paseando por el centro de la ciudad me enteré que en efecto dicha escuela iniciaría actividades en la ciudad y sus instalaciones serían ubicadas a unas cuadras de donde yo andaba caminando, me di entonces a la tarea de conocerla. Debo decir que al entrar a la casa donde se instaló la escuela mi primera impresión no fue la mejor. La pequeña edificación, una casa antigua con un patio central, de las pocas que quedaban de los principios de la ciudad, se encontraba en obra. Algunas pocas personas -hombres y mujeres sin pinta de ser trabajadores de la construcción- se daban a la tarea de realizar trabajos de pintura y albañilería en general; algunos de ellos con un rostro no muy convencido de lo que hacían, pero muy comprometidos con el futuro de aquella aventura.

En el salón principal se concentraba una gran actividad, cuando entré una persona muy amable me pidió que hiciera a



Imagen 10. Reconocimiento como Profesor Investigador Emérito del INAH, entregado por el Director General del Instituto Sergio Raúl Arroyo García. Febrero 2013.

un lado una silla y me sentará, que en la primera oportunidad alguien se desocuparía para atenderme. El ambiente en el salón era más bien extraño, diferente a otros lugares en la ciudad; aunque todos los ahí presentes hablaban español, sus tonos no eran todos chihuahuenses, salvo dos personas, por ahí se distinguía una argentina, un peruano, y un español. Este último fue quien se animó a dejar su quehacer y atenderme. Vestido en mangas de camisa y pantalón de mezclilla, aquel pintor bajó de su escalera y me preguntó en un tono muy español, con una voz más bien rasposa: “¿qué has oído hablar tú de la antropología?”, grande fue mi sorpresa al darme cuenta de que quien pintaba el techo de la casa no era un pintor sino el maestro Juan Luis Sariego y quienes le acompañaban tampoco tenía que ver con la construcción sino con la antropología y la historia que en esos días iniciaba a escribir un nuevo capítulo en el Norte de México.

La formación de la ENAH-Chihuahua

A finales de la década de los ochenta del siglo pasado, el panorama de la antropología en el estado de Chihuahua presentaba una realidad sumamente desértica. En el pasado, el estado de Chihuahua y predominantemente la región que comprende la Sierra Tarahumara había llamado la atención de exploradores, viajeros y antropólogos que hicieron de estas tierras su lugar predilecto para investigaciones. Las descripciones del explorador noruego Carl Lumholtz, de los norteamericanos Wendell Bennett, Robert Zing y John Kennedy entre otros describieron esta región e etnografía que se volvieron clásicas en las primeras décadas del siglo pasado. Décadas después los trabajos de antropólogos mexicanos y extranjeros como Luis González, Françoise Lartigue y Françoise Batan, dieron un nuevo aire a la antropología practicada en Chihuahua, que sin embargo no iba más allá de la misma región tarahumara descrita anteriormente.

La producción antropológica incluso en la Sierra Tarahumara se ralentizó hasta finales de la década de los ochenta que estos antropólogos empezaron a mirar de nuevo hacia esta tierra; entre este contingente se encontraban algunos locales que habían salido a estudiar la disciplina en alguna de las opciones que el centro del país brindaba, especialmente la Escuela Nacional de Antropología y la Universidad Iberoamericana. Entre el grupo de antropólogos que fijaron su mirada en estas tierras



se encontraban dos buenos amigos cuyo proyecto iba más allá de la mera investigación antropológica, estos dos antropólogos fueron Juan Luis Sariego Rodríguez y Augusto Urteaga Castro Pozo quienes llegaron como investigadores de base del Centro INAH Chihuahua, el cual por cierto, no contaba hasta ese momento con investigadores de base en antropología social.

Juan Luis Sariego, un actor fundamental en la constitución de la ENAH-Chihuahua

El proyecto fuerte entre quienes llegaron por ese tiempo a la ciudad de Chihuahua fue la construcción de un centro formativo en antropología social llamada Escuela Nacional de Antropología e Historia Unidad Chihuahua (ahora EAHNM), cuyo objeto de análisis fuera preponderantemente el norte de México en general y el estado de Chihuahua en particular. A los citados Juan Luis Sariego+ y Augusto Urteaga+ acompañaron en la aventura un grupo de talentosos y entusiastas antropólogos entre quienes se encontraban Margarita Urias+ quien fuera la primera directora de la recién creada ENAH-Chihuahua, Luis Reygadas, Sofía y Lourdes Pérez, Martha Tello, Víctor Quintana, Elsa Rodríguez, Gabriel Borunda y otros que escapan a mi mente.

El principal objetivo de este proyecto según explicaba orgulloso el propio Juan Luis Sariego, era formar antropólogos del norte de México, especialistas en el norte de México, que pudieran explicar la realidad de la región desde una perspectiva diferente a la tradicionalmente usada, es decir, no tratar de explicar esta región desde el centro del país, sino desde una perspectiva transversal regional que tomara en cuenta las relaciones históricas de la región que se habían tejido de este a oeste y de norte de México a sur de Estados Unidos pues esto daba los elementos para entender la región sociopolítica económica y culturalmente.

Aunque todos los antropólogos comprometidos en el proyecto inicial tuvieron un papel decisivo para que la escuela ini-

ciara, ya sea dando clases o dirigiendo tesis, poco a poco los intereses particulares de cada uno pesaron sobre el proyecto de escuela, aunque seguían comprometidos a distancia. Sin embargo, fue uno de ellos quien arropó férreamente y se comprometió a consolidar la Escuela Nacional de Antropología e Historia Unidad Chihuahua, y fue nuestro querido maestro Juan Luis Sariego, quien dedicó los últimos veinticinco años de su vida a la formación de profesionales en la antropología del norte de México desde esta institución.

El maestro Sariego como cariñosamente se le conocía, solía encontrarse con los alumnos desde los primeros días de su llegada a la escuela, los atendía en las entrevistas de ingreso, daba su curso introductorio a la antropología como parte del curso propedéutico y al iniciar el semestre, se encargaba de nuevo de los primeros cursos de antropología social, esta labor que parece nimia en realidad fue preponderante en la decisión de cientos de estudiantes que aprendimos en sus cursos la pasión por esta disciplina.

Otro momento en que su figura tomaba especial relevancia en la formación del estudiante tenía lugar al final del segundo semestre, cuando se asistía al primer trabajo de campo guiado; en este momento, el estudiante se encontraba de frente a la otredad de la mano del maestro. El momento era aprovechado por el maestro para explicar a sus estudiantes algunas especificidades de una tierra que el conocía como si hubiera vivido ahí todo su vida. Además de ello, gustaba de llevar la teoría a la realidad, todos quienes tuvimos la fortuna de haberlo acompañado a la Tarahumara recordamos ese punto en la carretera enfrente del Cerro del Mohinora en Guerrero, justo donde termina el valle e inicia la sierra donde gustaba pararse y explicar cómo, desde ese punto es claro porqué inició la revolución en México, pero además cómo en ese punto exactamente es un lugar propicio para explicar algunos de los postulados de la ecología cultural, perspectiva antropológica desde la que fueron explicados los fenómenos culturales de la región serrana.

Al llegar al lugar de estudio, hacía otra pausa y explicaba a grandes rasgos las divisiones sociales de la comunidad, sus principales conflictos y sus actores relevantes y explicaba muy a su manera el principio básico del quehacer antropológico, de la etnografía: “mira –solía decir- nosotros tenemos que ir con la gente, desmenuzar las cosas, entenderlas de manera compleja, los números nos ayudan pero no resuelven nuestras dudas, nosotros a diferencia de otras disciplinas tejemos fina mano, hacemos la filigrana, por eso hay que estar aquí bastante tiempo y conocer a la gente, nuestras explicaciones sin gente no explican nada, enténdelo bien, ándale pues vete a conocer el pueblo, por la tarde hablamos...”

Para Juan Luis, Chihuahua y el norte de México en general eran un lugar idóneo para la investigación social. Ese fue en gran parte el punto de partida y justificación de la escuela. A inicios de la década de los noventa el estado sufría grandes cambios y transformaciones en su conformación social, econó-



Imagen 11. Trabajo de campo con alumnos de la ENAH Chihuahua y de la Universidad de Guadalajara, camino a Batopilas 2002.

mica, política, cultural y demográfica. Esto le convenía de que la investigación antropológica debía incluir además de los estudios tradicionales sobre los grupos indígenas de la Sierra, investigación sobre las nuevas realidades sociales, especialmente lo referente a la reorganización industrial y sus efectos tanto en los ámbitos urbanos como rurales; la transformación del campo; las oleadas de migrantes en busca de trabajo; la reorganización de sectores tradicionales en el estado como la minería, la fruticultura y la ganadería y la situación de etnias invisibilizadas por la academia y que ocupaban la geografía del estado como el caso de los menonitas.

Cada una de estas nuevas realidades del norte mexicano, eran retomadas en sus clases de metodología de investigación, donde uno realizaba su proyecto de tesis. En las clases abonaba sobre los problemas, uno de ellos era la reorganización industrial vía la industria maquiladora: “la maquila está trayendo nuevas formas de trabajo y de organización de los trabajadores, la entrada masiva de mujeres al trabajo asalariado implica modificaciones no sólo en la división tradicional del trabajo en la familia y en los roles de género genera importantes cambios culturales, desde aquí fuera no lo percibimos pero ahí dentro de las plantas tenemos la tecnología más avanzada a veces manejada por trabajadores de escasa preparación académica...”.

Otro problema fundamental se constituía por uno de los temas que sin duda más le apasionaba, la minería. En sus últimas entradas a las minas le fascinaba el cambio en los roles de género y la flexibilización de los mitos a que había conducido la última reorganización del sector: “para los viejos mineros hay cosas que no son concebibles, una de ellas es la entrada de las mujeres al tiro, los viejos dicen que la mina es mujer y desde luego es celosa, si una mujer entra en la mina le enfurecerá y se sufrirán las consecuencias a veces en formas fatales. Estos mitos se están haciendo viejos, si te fijas bien, en las minas ahora vas a encontrar muchas muchachas manejando los yucles (euclids) si sabes qué es eso, los yucles son esos dompes grandes que sacan el material de la mina, pues esos camiones ahora son manejados por jovencitas, y esas jovencitas son las que ves defendiéndose en el sindicato y con los patrones y no le tiene miedo a la mina, bajan lo mismo que tiene que bajar un hombre, quinientos o mil metros...”.

Desde luego las injusticias e iniquidades de esta reorganización no escapaban a sus ojos y muchas de estas realidades le entristecían, como lo sucedido en Pasta de Conchos o en Cananea, a donde gustaba de ir frecuentemente y donde conoció a las mujeres de los trabajadores caídos.

Un tema que abarcó una buena parte de su atención durante sus últimos años fue la tenencia de la tierra en la Sierra Tarahumara y en especial entre los rarámuri. En alguna visita a su casa me explicó algunos de sus hallazgos. Al calor del segundo tequila, extendió unos planos de algunos ejidos de la Sierra: “mira, la cuestión es que a la gente se le dificulta entender que la propiedad de la tierra entre los rarámuri no es comunal, es pri-

vada. Los trabajos y los sistemas de solidaridad son comunales pero cada quien tiene lo que tiene. La otra cuestión es que ellos tiene su propia organización de la propiedad, que la mayoría de las veces no coincide con los criterio geopolíticos impuestos, uno puede tener aquí un maguechi y tener otro en otro ejido, los tipos no pertenecen sólo a un ejido, ellos se mueven de otras formas y atienden a sus formas de gobierno tradicional, esto hace que los límites no coincidan, por eso si tú vas al INEGI o a cualquier otra institución, sus números nunca les cuadran, porque les han impuesto divisiones que a ellos no les sirven, aunque tampoco les molestan”. Su explicación de este fenómeno es muy amplia y espero haya podido cristalizar algunos productos académicos al respecto.

Desde el inicio de la escuela, el maestro Juan Luis buscó establecer una serie de relaciones con las instituciones públicas y privadas del Estado y de otros estados del norte, generando proyectos en los que involucraba al alumnado. Uno de esos primeros proyectos de investigación se relacionaba con un tema de gran interés para él, este fue el “Proyecto de la Macroplaza de la ciudad de Chihuahua” iniciado por el Gobierno del Estado en 1990, justo en el momento en que inició la primera generación de la escuela; en este proyecto se realizó una etnografía completa del centro de la ciudad que incluyó un análisis de la situación del llamado comercio informal en esa zona y propuestas al respecto. Aunque insistió mucho en algunos de nosotros, de este proyecto no se cristalizó ninguna tesis, aunque la información obtenida fue de gran ayuda en la elaboración de tesis referentes a la ciudad de Chihuahua.

Este proyecto y muchos más que emprendió fueron de gran ayuda para posicionar la escuela como un semillero de investigadores y de trabajadores para instituciones dedicadas a las distintas problemáticas sociales tanto en Chihuahua como en otros estados del norte.

Breves conclusiones

Todos estos trabajos y muchos más dan cuenta de la relevancia que tuvo el Dr. Juan Luis Sariego en la formación de investigadores sociales en muy variados campos de la investigación antropológica. Su visión de un centro formador de antropólogos se enfocaba sobre todo en la preparación de profesionales de la antropología aplicada. Si dejar de lado la importancia de la producción teórica hacía siempre énfasis en que México requería antropólogos preocupados por proveer insumos académicos desde los cuales se pudieran construir o modificar los planes y proyectos aplicados en las comunidades donde uno trabajara, aportando siempre una visión compleja de las problemáticas sustentada en la realidad de los sujetos que el etnógrafo recoge en el contacto directo con las comunidades. Por esta gran herencia, descanse en paz, maestro Juan Luis Sariego Rodríguez.



Comunidad. Un concepto central en la obra de Juan Luis Sariego

Andrés Oseguera M.
EAHNM

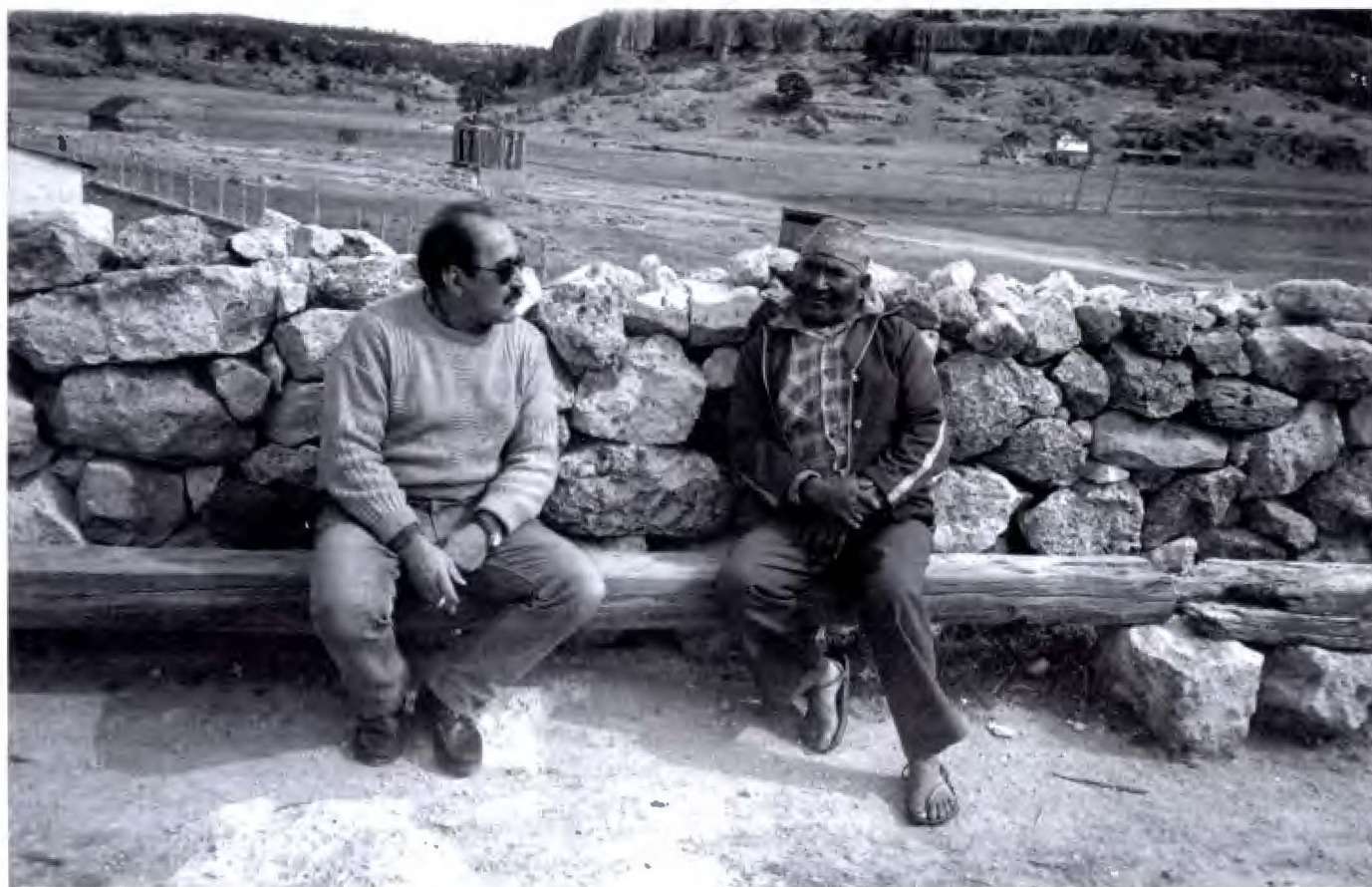


Imagen 12. Con el gobernador de Arereko, 1994.

En buena medida, la obra de los antropólogos ilustres puede definirse por los conceptos que emplearon para interpretar los fenómenos sociales o al grupo social al que decidieron estudiar. Conceptos como los de genealogía o método genealógico nos remite inevitablemente a W.H.R Rivers; el de “estructura social” nos evoca los textos teóricos de A.R. Radcliffe-Brown; el de “habitus” a Pierre Bourdieu; y así, una larga lista de autores reconocidos que a lo largo de su vida se empeñaron en materializar conceptos específicos, a través de los cuales lograron un diálogo académico y proponer enfoques novedosos. De alguna manera, podría decirse que a cada teórico y etnógrafo les sobreviven sus propios conceptos como legado al conocimiento social y científico. Extendiendo esta idea al norte de México

para hablar de un antropólogo ejemplar como lo fue Juan Luis Sariego, uno de los conceptos (que no el único por supuesto) centrales en su obra es el de “comunidad”; un concepto al rededor del cual se generó una polémica sobre la particularidad de la vida social de los indígenas que viven en la sierra Madre Occidental y los distintas instituciones y actores que han buscado desde la colonia española hasta nuestros días, con el indigenismo como principal actor institucional, la transformación de la sociabilidad y convivencia de los indígenas.

En efecto, a Juan Luis Sariego la antropología le permitió sostener una distancia en torno a las imposiciones teóricas en territorios donde él se convirtió en un experto. La visión del centro y sur de México en torno a las “comunidades indígenas”,

expresión occidental de una visión institucional en torno a lo que llamó el “comunitarismo indigenista” (Sariego Rodríguez, 2009), no era aplicable al fascinante y poco estudiado norte de México. Esta idea, que se fue consolidando como una postura de demarcación frente al impulso civilizador del Estado mexicano, la defendió una y otra vez en cada uno de sus escritos en torno a la Tarahumara. Y en efecto, el principal argumento es que los grupos indígenas que comprenden este territorio agreste no han vivido, desde tiempos prehispánicos, como el resto de los indígenas ubicados en Mesoamérica, es decir, de manera concentrada en torno a un centro ceremonial, económico y político; un centro a partir del cual se estructuran las relaciones entre los individuos y las familias.

Para sostener que los indígenas de la sierra, especialmente los rarámuri, no podían encasillarse bajo la lógica comunitaria mesoamericana, Sariego se dio a la tarea de hacer una caracterización de las principales formas de convivencia cotidiana de los indígenas y sus formas de sociabilidad, es decir, se basó en la propia conceptualización de los rarámuri y, de paso, profundizó en las nociones locales de parentesco, religión y política. Identificó con acierto “cuatro niveles socioespaciales”: 1) el rancho como unidad familiar; 2) la ranchería como expresión de reciprocidad vecinal de varios ranchos; 3) la red de tesgüino que permite a los indígenas concentrarse en un acto de reciprocidad en cumplimiento del orden ritual (Kennedy, 1963); 4) y el pueblo, conformado bajo una lógica de confederación política superior donde las autoridades indígenas “actúan de manera autónoma” (Sariego Rodríguez, 2009, p. 126).

La caracterización de estos niveles socioespaciales o socioterritoriales permite entender las concepciones de los indígenas de la sierra tarahumara, es decir, la noción nativa de comunidad aun cuando no exista un término específico para tal noción. En efecto, como lo aclaró Sariego, los rarámuri no tienen un concepto específico para comunidad, usan el término kumerachi, un término derivado del vocablo en castellano de comunidad (Sariego Rodríguez, 2009, p. 127). La ausencia del término local ha sido tema de debate en torno a si los rarámuri tienen o no una noción de comunidad. Se podría argumentar efectivamente que al carecer de un vocablo específico para referirse concretamente a la “comunidad” no existe en la “mente de los indígenas”, es decir, que este concepto del que habla el antropólogo, es un producto de una interpretación “externa” (colonial) que refleja lo que realmente piensan los indígenas; se trataría de una imposición de un saber occidental, plasmado en teorías y en propuestas de desarrollo, a un saber indígena y por lo tanto opuesto o diferente al primero.

Esta crítica al concepto antropológico parte de la hipótesis Sapir-Whorf que sostiene que existe una interrelación entre la lengua y el pensamiento; que la única forma de comprender el mundo y por lo tanto de expresar la realidad es a través de las categorías gramaticales de los individuos. Sin duda, esta hipótesis ha sido decisiva en la conformación de corrientes

del pensamiento antropológico. Un ejemplo claro de ello es la llamada etnosemántica o antropología cognitiva (también conocida como “nueva etnografía”) que se consolidó en Estados Unidos a mediados del siglo XX bajo el principio de esta correspondencia entre categorías locales y pensamiento. Sin embargo, diversos estudios actuales han demostrado no sólo que el pensamiento no tiene, necesariamente, que pasar por un lenguaje para expresarse (Pinker, 1995), sino que existen propuestas de entender el quehacer antropológico no en términos jerárquicos y de imposición sino en términos dialógicos, es decir, que en vez de plantear una distancia conceptual entre lo que piensa el antropólogo y lo que piensa el sujeto de estudio, existe un diálogo entre los dos tipos de saberes. Este enfoque nos lleva a considerar que las categorías del pensamiento no son inamovibles; que el pensamiento indígena actual no es una expresión de un conocimiento estático que expresa una visión del mundo pre-colonial; sino un saber que va cambiando constantemente, incorporando nuevos conceptos que pueden ser útiles y atractivos, dependiendo del contexto en el cual se ubican. En otras palabras, el pensamiento indígena (así como la lengua) es cambiante y se adecua a las circunstancias actuales. Que los mismos rarámuri utilicen el término kumerachi nos habla de una apropiación de un concepto que, por influencia tal vez de los mismos antropólogos, les ha sido útil para enfrentar las políticas de desarrollo bajo una lógica ajena a las particularidades regionales.

En efecto, esta discusión en torno al concepto de comunidad entre los rarámuri fue relevante para demostrar la incompatibilidad de los programas indigenistas en la sierra Madre Occidental. Esto se debe porque los mismos indígenas han rechazado veladamente las imposiciones de las instituciones nacionales que desde el siglo XX han buscado la integración de los indígenas a la vida nacional. Pero se trata de una resistencia de tiempo atrás. Este interés por concentrar a los indígenas en un sólo espacio político-religioso no es sólo el resultado de una política institucional del México moderno; desde el periodo colonial los jesuitas que se internaron en la sierra Madre Occidental con el objetivo de rescatar las almas de los indígenas, se empeñaron en “reducir” o concentrar a los indígenas en pueblos bajo el égido de los sacerdotes.

Esta imposición contrasta con el principal aspecto de esta noción de comunidad: la dispersión poblacional. En palabras del propio Sariego: “Las tradiciones organizativas de los tarahumaras, y en especial su arraigada tendencia a la dispersión, la movilidad espacial y la autonomía de los núcleos domésticos, han estado siempre enfrentadas a los proyectos comunitarios que han promovido, desde el discurso legitimador de la conversión y la civilización, la Iglesia y el Estado en la sierra de Chihuahua” (Sariego Rodríguez, 2009, p. 128). En efecto, aun cuando se lograron establecer “cabeceras” o pueblos de misión desde la época colonial, los indígenas de la Sierra Tarahumara siguen manteniendo la forma de organización caracterizada

por la movilización derivada de las exigencias geográficas y climáticas de la sierra. En otras palabras, una de las principales causas de esta tendencia a no establecerse en un solo lugar se debe en parte a la accidentada geografía donde por siglos han habitado los indígenas del noroeste, pero también a una dependencia al grupo doméstico y el sentido de reciprocidad expresada sobre todo en contextos rituales.

Hay que señalar que Sariego no fue ni el primero ni el único en resaltar que la particularidad de la base territorial de los rarámuri estaba caracterizada por la dispersión poblacional. Gonzalo Aguirre Beltrán y Ricardo Pozas consideraron que una variante importante de asentamiento entre los grupos indígenas de México era precisamente la dispersa, señalando además que eran los rarámuri (tarahumaras) el grupo representante de esta territorialidad: “La forma de radicación dispersa se localiza entre las antiguas bandas cazadoras o recolectoras dedicadas en la actualidad a la agricultura y al pastoreo. Los tarahumaras pueden ejemplificar este patrón, porque en ellos los patrones conexos de aislamiento y pequeña familia se encuentran claramente definidos” (Aguirre Beltrán & Pozas Arciniega, 1991, p. 47). Por supuesto que este reconocimiento de la particularidad de la sociabilidad de los indígenas rarámuri no evitó, contradictoriamente a lo esperado dado este reconocimiento a nivel nacional y el papel de los antropólogos en la gestión y política indigenista, que se instaurara a mediados del siglo XX el primer Centro Coordinador del Instinto Nacional Indigenista en Guachochi, es decir en plena sierra Madre Occidental, siguiendo el modelo propuesto por el mismo Aguirre Beltrán de las Regiones de Refugio derivado de una territorialidad mesoamericana y contraria a la lógica de la dispersión (Sariego Rodríguez, 2002).

Esta política indigenista, producto de intereses inmediatos, y generada con una visión externa a la realidad indígena de la sierra, fue una de las principales tesis que Sariego expuso en sus diversas investigaciones. El análisis de estas políticas públicas le dio la oportunidad no sólo de profundizar en el análisis de la comunidad bajo la dinámica de la dispersión y lo inviable que han sido los intentos por congregarse a los habitantes de esta región; también le permitió adentrarse en aspectos de la vida política de los indígenas, de sus relaciones con el conjunto de organizaciones de corte indigenista, así como analizar la evolución y adaptación de la organización social rarámuri a la dinámica económica y extractiva que ha caracterizado el poblamiento de la sierra Tarahumara.

De este interés por analizar la particularidad de la noción de comunidad se pueden apuntar, de manera preliminar, un par de datos relevantes: 1) El estudio del desarrollo económico de la región impulsado sobre todo por la minería y el aprovechamiento forestal relacionado con una lógica capitalista, y el impacto que ha generado en la vida cotidiana de los indígenas, no puede entenderse sino se aborda la noción de comunidad indígena y por lo mismo, con la forma de aprovechamiento

“sustentable” de los indígenas de los recursos naturales de la sierra Madre Occidental. 2) El análisis del concepto de comunidad permitió una primera caracterización del contexto serrano a nivel regional, posibilitando la comparación con otras regiones de México. Uno de los méritos del trabajo de Sariego es sin duda el enfoque comparativo entre las sociedades del noroeste y las sociedades del centro-sur de México. No sólo enfatizó que este norte mexicano (serrano) es distinto a una lógica mesoamericana; también se concentró en apuntar y definir qué lo hace diferente y qué posibilidades existen para la implementación de proyectos de desarrollo adecuados a esta diferencia. Esta visión contrasta con la mayoría de los estudios actuales de los grupos indígenas de la sierra que se enfocan en comunidades específicas sin transitar a un estudio de mayor alcance y de corte comparativo.

Referencias bibliográficas

- Aguirre Beltrán, G., & Pozas Arciniega, R. (1991). *La política indigenista en México* (Vol. II). México: Instituto Nacional Indigenista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Kennedy, J. G. (1963). Tesguino complex: the role of beer in Tarahumara culture. *American Anthropologist*, 620-640.
- Pinker, S. (1995). *The language instinct* (1st HarperPerennial ed.). New York: HarperPerennial.
- Sariego Rodríguez, J. L. (2002). *El indigenismo en la Tarahumara*. México: Instituto Nacional Indigenista/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Sariego Rodríguez, J. L. (2009). La comunidad indígena en la sierra tarahumara. Construcciones y desconstrucciones de realidades y conceptos. In M. L. Guillén (Ed.), *La comunidad a debate. Reflexiones sobre el concepto de comunidad en el México contemporáneo* (pp. 121-134). México: El Colegio de Michoacán, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

A Juan Luis Sariego Rodríguez, que estará "tejiendo la filigrana" donde quiera que se encuentre

Claudia E. Delgado Ramírez
Centro INAH Baja California- Ensenada



Imagen 13. Acompañado de su alumna Karina Carrillo Holguín.

La intención de este breve documento es compartir la trascendencia que Juan Luis Sariego tuvo en mi vida, no hablo de su trayectoria académica ni de su biografía, sino de cómo conocerlo marcó mi camino en la antropología y cómo su interés y sus consejos, en muchos sentidos me trajeron hasta este momento. Tuve la oportunidad de hacerle saber lo importante que fue en mi vida adulta y con todo mi cariño, mi respeto y mi admiración escribo algunas historias que dan cuenta de la gran persona que él fue.

Hace justo 20 años que escuché por primera vez a Juan Luis Sariego. Fue en el auditorio del Bachilleres No. 3 en la ciudad de Chihuahua y siempre he creído que fue uno de esos actos del destino que uno no entiende pero reconoce su importancia. Durante un par de meses, todos los jueves como a eso de las once de la mañana se presentaba la plática de algún profesor que promocionaba una licenciatura, la mayoría de las veces de la oferta académica de la UACH y algunas otras de escuelas particulares como las de Diseño Gráfico y las de Psicología, yo no había entrado a ninguna de estas pláticas de "orientación vocacional" porque tenía muy claro todo lo que no quería estudiar, así que un par de amigos y yo nos salíamos del plantel y nos tomábamos esta hora "libre". Un jueves, ya bien entrado el mes de mayo, nos disponíamos a salir del "bachi" cuando resultó que habían cerrado todos los accesos del plantel, no voy a detallar los pormenores del momento pero la situación nos obligó a entrar al auditorio, ahí estaban ya Juan

Luis y si mi memoria no me falla también Luly Pérez. Esta fue la única plática de la que no me pude escapar durante el semestre, por eso siempre he creído que fue un acto del destino en mi favor, primero porque ahí me di cuenta de la existencia de una escuela de antropología en Chihuahua y segundo, porque las palabras y la pasión por el oficio transmitido tan vívida y entusiastamente por Juan Luis me convencieron de inmediato y me llenaron de emoción. Esa misma tarde le enseñé a mi papá el folleto y le dije que eso era lo que yo quería estudiar, quería ser antropóloga.

Inicié el curso propedéutico en el verano de ese mismo año, sin embargo ya casi por terminar el segundo semestre decidí hacer el examen de admisión en ingeniería geológica y me salí de la escuela de antropología. Estando en ingeniería, me sumé con los estudiantes de mi generación en la ENAH-Chihuahua a la excursión al sitio arqueológico de Paquimé, al llegar al punto de encuentro Juan Luis me vio y me saludó con mucho gusto, como era su estilo, luego me presentó con el Arqlgo. Francisco Mendiola, quién acaba de tomar la dirección de la escuela y le habló ampliamente de mí; hasta el día de hoy me sorprende que Juan Luis supiera tanto de mí pues no habíamos tenido muchas conversaciones, sin embargo esta fue una de sus grandes cualidades hasta sus últimos días, Juan Luis conocía muy bien a todos sus estudiantes, sabía de nuestras familias, de nuestros orígenes (siempre encontraba al minero en nuestras genealogías), de nuestros problemas y en mi caso, de mi "coqueteo" con algo que a él mismo le apasionaba, la minería y la geología. En 1998, a mediados del cuarto semestre y tomando con Juan Luis la materia Diseño de Investigación, nos mencionó que una colega en Sonora, quería incorporar estudiantes a un proyecto de investigación con pescadores en litoral de Sinaloa y Sonora, al final de la clase fui a platicar con él y me invitó a su oficina, -recuerdo perfectamente a mi profe sacando la cajetilla de Marlboro rojos y abriendo la ventana detrás de su silla- ahí me platicó de su colega y gran amiga Shoko Doode, de su esposo Chema y su hija Gaby, me dio un par de referencias bibliográficas y me dijo que esa era una gran oportunidad para aprender a ser antropóloga, para aprender el oficio haciendo trabajo de campo junto a alguien con mucha experiencia, y así fue. Ya en el 2003, Juan Luis me había convencido de entrar a la maestría en Antropología Social de la ENAH-Chihuahua y el CIESAS, el mismo día de mi examen profesional, en el cual Juan Luis fungió como sinodal a lado de Patricia Torres y de mi directora Shoko Doode, hicimos el

examen para la selección de la que sería la primera generación de este programa. Aunque en algún momento de la maestría Juan Luis y yo entramos en conflicto (y de alguna forma este era más parecido a los de las relaciones padre-hija que a los de profesor-estudiante) por algunos desacuerdos laborales y académicos, su honesto interés y preocupación por mi situación personal (me estaba divorciando) siempre estuvo presente; me encontraba nuevamente sentada en su oficina, platicando con él, fumando y escuchando sus palabras cargadas de experiencia, esta vez en el ámbito de las relaciones de pareja y si, también algo tenía que ver aquí la antropología. Casi un año después, nos encontramos platicando en una cabaña en San Ignacio de Arareco -mientras encabezaba una famosa práctica de campo con Margarita Hope, Andrés Oseguera y Eduardo Saucedo- con su querida (y mi también querida) Loreley y con Enrique Soto, con quién por esto del asunto de la antropología y las relaciones de pareja, me auguraba un mejor destino, el recuerdo casi textual de sus palabras durante esa plática profunda, personal, relajada y por supuesto divertida, lo reservo con muchísimo cariño y también nostalgia.

La última vez que fui a la oficina de Juan Luis a pedirle un consejo fue en el año 2010, justo cuando iba a iniciar el protocolo de investigación para aplicar al doctorado. Ya no estábamos en el edificio de la calle 10ª, la escuela ya estaba en la calle IPN y su oficina ya no era aquel espacio tan personal de Juan Luis, no obstante me recibió igual que siempre, con entusiasmo y prestándome toda la atención posible, mi inquietud era sobre el tema de investigación y si debía seguir con la cuestión pesquera o debía proponer algo que pudiera trabajar en Chihuahua, Juan Luis me escuchó y luego me dijo que todos los antropólogos tenemos “nuestro tema”, que podemos hacer investigaciones en ámbitos diversos pero que siempre hay uno que nos apasiona más y que nos hace regresar, para él ese tema era el de los mineros y me comentaba cómo después de tantos años, había regresado al estudio de la actividad minera con un PIF y con estudiantes trabajando el tema, su consejo fue que elaborara un protocolo sobre pesca porque ese era “mi tema”, y como era su costumbre me convenció y quince años después escucharlo había sido nuevamente algo así como una cosa del destino.

Estando en Tijuana en el doctorado, recibí un sábado por la mañana una llamada telefónica, Juan Luis me avisaba que mi querida maestra y entrañable amiga Shoko había fallecido, esta vez compartimos un silencio y también un profundo dolor. Ya avanzado el programa de doctorado, me invitaron a moderar un seminario en el cual Juan Luis participaría, además de sentirme sumamente orgullosa de presentar a “mi profesor el Dr. Juan Luis Sario Rodríguez, investigador de la EAHNM” frente al auditorio de El Colegio de la Frontera Norte en Tijuana, me sentí también halagada porque Juan Luis aceptó la invitación de Enrique y mía para quedarse en nuestra casa en el Puerto de Ensenada (en vez de irse a cenar con el

resto de investigadores de renombre que estaban en el seminario). Platicamos nuevamente, largo y tendido como aquella vez en Arareco pero solos los tres, con un vino de Ojos de Negros, hablamos sobre el doctorado, sobre la EAHNM, sobre el INAH, sobre la antropología, sobre su hija y sobre Lore, sobre mis papás, mis suegros y mis hijas a quién Juan Luis y Lore siempre mostraron su cariño, platicamos hasta que se acabó el vino, viendo el mar, echándonos unos cigarrillos, como amigos de muchos años. La penúltima vez que vi a Juan Luis fue en diciembre del 2013, estaba internado y recién había recibido la noticia de su enfermedad, salí con Lore a comprar algo de comer y a fumar, su reconstruida entereza y su voluntad por vencer junto a Juan Luis el cáncer me estrujó el corazón y me reveló de golpe el intenso amor entre ellos. Estuvimos en contacto y en julio del siguiente año, el año pasado, festejamos en la casa de mis compadres Margarita y Andrés, junto con Lupita, Mario, Erika, Jacobo, Enrique y Loreley, la recuperación de nuestro querido amigo y de nuestro querido maestro, estuvimos platicando con Juan Luis a su modo, es decir, relajados y escuchando sus incontables anécdotas, disfrutando el placer de la comida, la bebida y la buena compañía, cosas que cualquier reunión con Juan Luis y Lore estaban garantizadas.

Tengo muchos recuerdos de mi querido Juan Luis, no caben en unas cuantas líneas, sin embargo, todos estos guardan el mismo sentido, la misma esencia, Juan Luis fue un excelente profesor, preocupado por sus estudiantes y con una capacidad de transmitir su conocimiento y su pasión por la antropología inigualables; además fue un gran antropólogo, su producción académica habla de esto y los que tuvimos el gusto de conocerlo sabemos de su compromiso social y su posicionamiento respecto a las diversas problemáticas obreras, indígenas, locales y regionales. Sin embargo, en mi caso, sus consejos, sus regaños, su reconocimiento y su cariño fueron sin duda los que dejaron la huella más profunda, gracias mí querido profe Juan Luis.



Imagen 14. Con Gustavo Lins Ribeiro. Divisadero agosto 2013.

Juan Luis Sariego. Antropólogo de los despojados

Víctor M. Quintana S.



Imagen 15. Trabajando en la Sierra Tarahumara.

Dos penas tengo al escribir estas líneas: la del amigo que ha partido y la de no haberlas escrito en vida de él. El miércoles falleció en Chihuahua Juan Luis Sariego Rodríguez, siempre acompañado de su devota Lore. Su funeral estuvo lleno de amigos y de alumnos. No podía ser uno su amigo sin aprender mucho de él. Y no podía uno ser su alumno sin caer en la red de la amistad francota que le daba su carácter forjado entre las minas, los fríos y el inmenso verde de las montañas cantábricas, en su nativa España.

La sala de velación olía a flores y a humo de leña. Junto a los académicos, a los estudiantes de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM) estaban las y los activistas, mestizos e indígenas de la Sierra Tarahumara. Ahí se encontró una comunidad que era una síntesis de la práctica y la vida de Juan Luis: una teoría sólida para intervenir en una realidad problemática, de desigualdad e injusticia.

Junto con su hermano gemelo, Jesús, Juan Luis se metió de jesuita. Estudió filosofía en la Universidad Complutense y luego eligió irse a trabajar al quinto país más pobre del mundo, el Chad, en el África subsahariana. Fueron dos años de inmersión total, viviendo con los Nar, (una tribu) en aquella tierra reseca de matorrales, sin más medio de transporte que una vieja motocicleta. De esa experiencia en la sabana africana Juan Luis sacó dos cosas: un manual elaborado por él para aprender la lengua sara-nar y un deseo intenso por aprender

antropología para poder entender esa realidad de la gente sufriendo y despojada. Vio que lo mejor era aprenderla en una de las cunas de esta ciencia: en México.

Se vino a la Universidad Iberoamericana y luego dejó de ser jesuita para entregarse de lleno a su labor como antropólogo. Trabajó en el CIESAS y luego en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y en la Escuela del mismo nombre. Uno de sus primeras preocupaciones a investigar fue la minería en México. Se la inspiraron su tierra minera y su abuelo, trabajador en las minas de carbón en Asturias. Junto con su amigo de siempre, Luis Reygadas y otros dos escribieron un libro señero: *El Estado y la Minería mexicana. Política, trabajo y sociedad durante el siglo XX*, (Fondo de Cultura Económica, 1988).

El mal de piedra nunca se separaría ya de Juan Luis. Le apasionaba visitar pueblos mineros, platicar con los trabajadores, con los gambusinos, con los sindicalistas. Lo mismo en Chihuahua, que en Coahuila o Sonora.

Por eso mismo se puso a estudiar la sierra Tarahumara. Sin ningún afán de folklorismo o pintoresquismo. Para conocer la realidad de los rarámuri de primera mano, con las gafas que la antropología social le daba, sin prejuicios ni prenociones adquiridas. Así examinó las políticas indigenistas posrevolucionarias en la sierra. Así trazó el primer y único mapa de las jurisdicciones de los gobernadores rarámuri.

Mineros e indígenas fueron dos de sus temas cruciales. Productores de riqueza y despojados los primeros; los segundos, despojados de la riqueza de sus territorios. Al tema minero volvió estos últimos años. Pero ya no encontró aquella, si bien difícil, también encantadora cotidianeidad obrera. Aquellos trabajadores saliendo tiznados y sucios de los socavones. Su nuevo encuentro fue ahora con la peor minería extractivista: la de tajos a cielo abierto, la de pueblos que surgen y se marchitan en una década, manejados a control remoto. Sus investigaciones en el tema del extractivismo minero son referencia obligada para académicos, pero sobre todo para defensores del medio ambiente y de las comunidades.

Juan Luis en su investigación mantuvo siempre dos exigencias. La primera, llevar a cabo una investigación de aplicación inmediata, no especulativa, sino destinada a incidir en los actores sociales y en la confección de políticas públicas. La segunda, se desprende de la anterior: no caer ni en el maniqueísmo ni en el maximalismo. Lo mismo tomaba como interlocutores a académicos que a funcionarios públicos que al

clero, que a jóvenes revolucionarios. Se trataba de hablar con quién hubiera que hacerlo para mostrarle la necesidad y el camino para nuevas prácticas que corrijan injusticias y despojos. Tenía tal confianza en su solidez y honestidad intelectual, tanta pasión por llevar a cabo una investigación que llevara a la transformación social que nunca temió poner los resultados de su trabajo a disposición de cualquier persona que pudiera utilizarlo para el bien común.

Había en su labor, una continua vigilancia epistemológica, como señala Gaston Bachelard, pero siempre acompañada por una gran preocupación ética, una eficaz convicción cristiana por servir a los despojados. Así lo señaló su hermano Jesús en el espléndido sermón de la misa de despedida. Él mismo, valeroso jesuita que ha estado en Centroamérica desde hace cuarenta años, incluyendo los años más terribles de guerra civil.

Esta pasión por situar su labor de científico social, por comprometerla en un espacio y tiempo muy concretos hizo que Juan Luis sea uno de los grandes impulsores de la Antropología del Norte de México. Su libertad de espíritu, ajena a todo dogmatismo, también se expresó en la crítica al predo-

minio centralista-mesoamericanista de la Antropología mexicana. Por eso se vino a Chihuahua y por eso fue invitado una y otra vez a Sonora, a Coahuila y a San Luis Potosí. Por eso nos invitó a un grupo de amigos y colegas a fundar desde el ahora muy lejano 1990, la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México. Por eso luchó a brazo partido para dignificarla, para “desratonizarla”, me bromeaba- y convertirla en un espacio de generación y comunicación del conocimiento sobre la compleja realidad del norte mexicano.

Juan Luis nació en España pero su quehacer comprometido con México, con el norte, con Chihuahua le ganó su ser norteño. Su decisión fue que aquí se queden sus cenizas. Pero aquí se queda mucho más que eso. Se queda una gran obra de generación de conocimientos sobre estas tierras. Se queda una Escuela de Antropología y eso no es sólo un plantel. Es, sobre todo, una manera de llevar a cabo la tarea del científico social, honesta, comprometida con su medio social, sobre todo con los más desfavorecidos.

Descansa en paz, Juan Luis, que tu ejemplo y los desafíos que nos dejas no nos permitirán descansar por varios años.



Imagen 16. Juan Luis acompañado de alumnos de la primer generación extensión Creel y de alumnos ENAH Unidad Chihuahua, año 2012.

Juan Luis Sariego: Un maestro ejemplar

Amelia García Ramírez
EAHNM-Creel

Aún está presente en mi memoria la primera vez que platicué con mi querido maestro Juan Luis Sariego. Fue en el año 2005 cuando terminábamos el segundo semestre de la licenciatura en antropología; yo estaba en el patio de la EAHNM (en ese tiempo ENAH-Chihuahua) en aquella casa naranja de la calle décima, esperando al maestro Raúl García y a otros compañeros más para irnos a nuestra primera práctica de campo a la ciudad de Parral y a Valle de Allende. Recuerdo que Juan Luis bromeaba al decir: qué pensaría Malinowski sobre los objetos que llevábamos a nuestro trabajo de campo. Al marcharnos se despidió con una sonrisa y un cálido abrazo; sin saber todavía, que más tarde sería una de las personas más importantes que marcarían mi vida profesional.

El haber sido su alumna, su tesista y su ayudante, me permitió conocerlo más de cerca y darme cuenta de su calidad humana. Siempre magnánimo, íntegro, cariñoso y sensible al dolor ajeno. Como alumna me enseñó a encontrarle un sentido y un uso práctico a la antropología, a esa antropología aplicada que nos permite construir una mejor sociedad. Siempre dirigiendo los esfuerzos al bienestar de las personas e invitando constantemente a sus alumnos a crear sus propias empresas culturales. Como tesista me ayudó a encontrar la “pregunta”, pero no sólo eso, sino que también me guio a ese admirable mundo que llamamos Sierra Tarahumara. Finalmente como su adjunta, me inspiró, a amar la docencia.

Como es bien sabido por todos, Sariego fundó la ENAH-Chihuahua (hoy Escuela de Antropología e Historia del Norte de México). Fue el antropólogo que abrió nuevos caminos para la investigación social en tierras nortenas, tierras olvidadas por los investigadores enfocados a Mesoamérica, pero que él con su ingenio, mostró que el norte estaba necesitado de ser investigado. Abriendo así una gran veta de estudios que han contribuido al desarrollo de la antropología mexicana en general, y de la antropología del norte en particular.

También fue el docente comprometido, querido y admirado por sus alumnos que, hasta los últimos días de su vida y con la enfermedad haciendo estragos en su cuerpo, continuaba dando clases en su casa. Es por ello, que me centraré en reflexionar sobre su práctica como docente, porque considero que ha sido una de las actividades en la que su ausencia se ha sentido profundamente, y que ha entristecido a más de uno.

El ser docente implica una labor de tiempo completo que no se limita a un salón de clases, y más cuando hablamos de

una docencia eficaz que se deriva de dos aspectos: la parte afectiva y la de contenido. En la primera se conjugan los sentimientos y las emociones, y en la segunda, se abarcan las cuestiones académicas de la materia a impartir. En los procesos educativos no sólo se transmiten conocimientos o se forma para ciertas disciplinas, sino que también, se transmiten valores. Los docentes que logran combinar estos aspectos en su práctica son maestros considerados eficaces, porque permiten crear ambientes idóneos para el aprendizaje. Juan Luis creaba estos ambientes dentro de su aula, además de ser ambientes también sociales, porque no sólo se enfocaba y dominaba la parte de contenido, sino que también, se abría hacia sus alumnos afectivamente. Parte de su tiempo lo utilizaba para indagar y saber más sobre sus estudiantes y, a su vez, darse a conocer también él. Ciertamente, la naturaleza de los alumnos es reflejo de una familia, una sociedad y una cultura; cuestiones que él tenía muy en claro como buen científico social. A él, no le importaba si eras un alumno de diez o de cinco. Para él todos valíamos lo mismo, y mejor aún, nos ponía más atención a los que no éramos de diez y tenía la habilidad de sacar lo mejor de nosotros. Un maestro siempre dispuesto a escuchar no solamente problemáticas académicas, sino también de índole personal; dando su apoyo moral, y muchas veces, hasta económico.

Preocupado por sus alumnos y por sus vidas, el maestro que preguntaba no sólo cómo estabas tú sino también cómo estaba tú familia. Empático y con un gran sentido de responsabilidad social, asumiendo un compromiso con sus alumnos más allá de sus obligaciones. Indudablemente, esto lo convertía en un docente ejemplar.

Muchos de los que fuimos sus alumnos y alumnas, hoy ponemos en práctica aquellos conocimientos y valores que nos transmitió, y no queda más que el agradecimiento y el reconocimiento a un gran docente que supo ganarse el respeto, el cariño y la admiración de todos.

Se nos adelantó al descanso eterno. Sin embargo, siempre estará en nuestros corazones, en nuestros pensamientos, en cada investigación y/o proyecto que emprendamos y en cada clase impartida, porque él nos enseñó el camino para hacerlo,

Gracias por todo lo vivido y todo lo compartido.



Juan Luis Sariego y su Antropología de la Tarahumara

Arturo Mario Herrera Bautista
EAHNM



Imagen 17. Con mi ahijada. Arareko 2012.

Juan Luis Sariego en Chihuahua

A lo largo de su trabajo como antropólogo, Juan Luis Sariego realizó un importante número de investigaciones en diversas partes de nuestro país desplegando su interés profesional sobre variados aspectos que van, de la antropología industrial, la vida social y la organización de la producción en pueblos mineros, la antropología aplicada, la evaluación de programas gubernamentales, especialmente los orientados al combate a la pobreza, el indigenismo y los modelos de desarrollo en regiones indígenas, particularmente en la llamada Sierra Tarahumara. Este último tema será objeto de las siguientes líneas.

En su libro *La Sierra Tarahumara: travesías y pensares* (2008), Juan Luis Sariego compiló algunos de sus artículos, ponencias y conferencias de lo que él mismo denomina su “antropología de la Tarahumara”. La colección de textos es un claro reflejo de los múltiples temas acerca de los que Sariego realizó investigaciones en esa región de la Sierra Madre Occidental de Chihuahua, principalmente los diversos modelos de desarrollo que se han llevado a cabo, tales como la minería, la política indigenista, el combate a la pobreza, así como los impactos ambientales y sociales de estos modelos. Otra línea

de interés en la que Sariego desarrolló su trabajo fue el tema de la dimensión territorial a partir de la reflexión sobre concepto de comunidad y su trascendencia en la constitución de las identidades indígenas serranas. En este trabajo comentaremos brevemente estas dos aristas de la obra de Sariego acerca de la Tarahumara.

Como se sabe, Juan Luis Sariego fue uno de los fundadores de la Escuela Nacional de Antropología – Chihuahua, que fue inaugurada en julio de 1990. Podemos decir que ese acontecimiento dio inicio a un ciclo de su producción intelectual, al orientar su trabajo etnográfico en aquella región serrana sobre la población indígena y sus interrelaciones con diversos agentes y actores promotores de su desarrollo. No fue una labor que impulsara individualmente sino todo lo contrario, en ella participó un conjunto de profesores de dicha escuela tales como Augusto Urteaga, Luis Reygadas, Margarita Urías, Eugenio Porras, Paola Stefani, Claudia Molinari, Andrés Osegueira, Margarita Hope, Claudia Harris y otros más que se fueron sumando, así como las diversas generaciones de alumnos que se fueron formando en esa escuela y que paulatinamente se incorporaron a la labor de ampliar la etnografía de esa región, desde diversos ángulos y sobre sus distintos sujetos sociales.

En el foco de interés de Sariego siempre estuvo el análisis crítico de las estrategias y proyectos orientados a integrar económica y culturalmente a los pueblos indígenas y mestizos de la Sierra Tarahumara a los procesos que han conformado a la nación mexicana. A partir de ese eje fundamental se estructuraron sus diferentes intereses de investigación, que en su conjunto denominaremos, usando su propia definición, como su “antropología de la Tarahumara”.

El trabajo antropológico del profesor Sariego presenta varias características particulares dignas de mencionar para tener una idea de su sistematicidad, como son: partir de los datos etnográficos en comunidades y ejidos serranos producto de su propio trabajo de campo y la revisión exhaustiva de las etnografías que generaban otros antropólogos, tanto nacionales como extranjeros así como sus alumnos y tesis, todo ello con la intención de tener un panorama lo más completo posible. Esta información la combinaba con entrevistas a “líderes” indígenas, funcionarios gubernamentales y de diversas agencias de desarrollo, empresarios forestales, mineros, hoteleros, profesores que habían desarrollado parte de su experiencia docente en la sierra, intermediarios culturales, tanto mestizos como indígenas y viejos antropólogos que habían trabajado en el pasado en la Tarahumara.

De modo que su visión de cada una de los aspectos de la realidad serrana que analizó era un compendio de visiones y opiniones de lo más diverso, lo que le permitió, despegarse del nivel etnográfico en sentido estricto, y como él decía, “levantar el vuelo del águila” con una visión más completa y abarcante. Todo ello le permitió construir un discurso antropológico mucho más complejo. Reiteradamente decía a sus alumnos que

había que comprender los aspectos culturales, económicos y políticos a partir del contexto regional, nacional y global en que se encontraban inscritos.

Este esfuerzo analítico de amplio rango también lo realizó sobre los diversos trabajos etnográficos que se han realizado en la Tarahumara, desde la llegada de los misioneros del siglo XVI y viajeros del XVIII, los etnógrafos de principios del siglo XX como Carl Lumholtz y los trabajos de la antropología profesional de los siglos XX y XXI. A partir de este análisis, Sariego encuentra diferencias que naturalmente brotan de los distintos momentos históricos e intereses políticos y académicos de cada periodo de la historia de la Tarahumara, en diversos textos estableció las diferencias entre la etnografía europea, norteamericana y mexicana y planteó el hecho de que la mayor parte de las corrientes teóricas del pensamiento antropológico se han reflejado en la antropología de la Tarahumara (Sariego, 2005).

Los modelos de desarrollo en la Sierra Tarahumara

A lo largo de los siglos, la población indígena de Chihuahua ha vivido diversos modelos de organización socioterritorial y modelos de desarrollo impuestos desde el exterior, en los que actores externos a su cultura, han tratado de imponer formas organizativas, estrategias productivas y formas de extracción de recursos naturales diferentes a sus sistemas tradicionales. En todos ellos ha privado una racionalidad extractiva incontrolada basada en el lucro. Prácticamente ningún modelo productivo y de extracción de recursos se ha detenido a averiguar cuáles son los intereses de los tarahumari, simplemente se han promovido considerando ser mejores, superiores o más benéficos tanto para el agente externo, como para los indígenas receptores. Juan Luis Sariego analizó en su tesis de doctorado (2000), publicada en 2002 profundamente lo que caracterizó como modelos de desarrollo dirigidos a la población indígena en general, y más específicamente hacia el grupo étnico tarahumara o tarahumari. Estos modelos los sistematizó y organizó en siete patrones de que se han promovidos por diferentes agentes en la Tarahumara durante más de cuatrocientos años, que podemos resumir de la siguiente manera:

- Los pueblos misión, promovidos y tutelados por los misioneros jesuitas y franciscanos desde el siglo XVII, en los que trataron de reunir, con poco éxito, a los indígenas, asentándolos en unidades agropecuarias y forestales, con un régimen de autoridad centralizado, estrategia que provocó no pocas rebeliones y que nunca logró consolidarse establemente.

- Comunidad tutelada por el Estado (1900-1936). Desde mediados del siglo XIX, el estado liberal intentó intervenir sobre los pueblos indígenas de la Tarahumara principalmente a partir de la educación y la castellanización, al tiempo que daba una batalla frontal y armada a las correrías apaches en el resto

del territorio chihuahuense, labor que fue continuada por el estado posrevolucionario.

- Indigenismo (1952-1972). Este modelo de indigenismo integrativo parte de atribuirle a la comunidad indígena el papel aculturativo, partiendo de una idea de comunidad mesoamericana, más bien inexistente en el norte del país. De modo que si no había comunidades, había que crearlas.

- Crisis del indigenismo (1972-1990) El modelo integrativo pierde vigencia y es sustituido por diversos modelos de aculturación basados en producción forestal y la constitución de empresas forestales ejidales y sus respectivas uniones.

- Neoindigenismo, marcado por una mayor participación de los grupos indígenas en la definición de sus proyectos de desarrollo, aunque en la práctica eso no significó que controlaran los procesos productivos más rentables. Se desarrollaron proyectos económicos menores, relacionados con la producción de artesanías, realización de fiestas, instalación de tiendas comunitarias, ecoturismo comunitario, mejoramiento de su infraestructura, entre otros.

- El resurgimiento de la minería, sobre todo en la llamada Baja Tarahumara, donde se está escribiendo desde finales del siglo pasado una nueva historia de expropiación de recursos naturales, mediante la concesión de permisos para la extracción del mineral a empresas extranjeras, que en muchos casos emplean tecnologías altamente degradatorias y contaminantes del medio ambiente como las minas a tajo abierto y la lixiviación con soluciones líquidas de cianuro, excluyendo la participación indígena o reduciéndola a una mera condición marginal con los puestos laborales de menor nivel, sin acceso a la toma de decisiones ni a los beneficios económicos que se generan.

- El turismo y ecoturismo principalmente a través del megaproyecto conocido como Barrancas del Cobre, en el que los indígenas se ven únicamente como un recurso turístico, pues no han sido llamados a formar parte de la organización, ni de los beneficios económicos, puesto que su racionalidad económica, más orientada al autoconsumo y a la redistribución, no es compatible con la racionalidad capitalista del proyecto. Todo ello sin contar con la importante presión sobre la disponibilidad de recursos tales como tierras para establecer los hoteles y proyectos recreativos como el teleférico que se encuentra ya en operación sobre el territorio de pueblos rarámuri, el campo de golf, aeropuerto internacional y nuevos desarrollos hoteleros proyectados, así como el acceso y control del agua potable que no abunda, la explotación de los paisajes naturales y culturales y hasta la imagen misma de los rarámuri se convierte en un atractivo turístico más que formar parte de la oferta turística privada.

A partir del análisis que Sariego hace sobre el trasfondo ideológico de cada modelo de desarrollo, propone cinco discursos hegemónicos que representan las políticas indige-

nistas desplegadas tras de sí, que en orden cronológico son: proteccionista, incorporacionista, autonomista (ejidalización y Consejo Supremo Tarahumara), integracionista y participacionista, cada uno es descrito a través de sus expresiones institucionales, sus actores, sus estrategias de acción y sobre todo, las respuestas indígenas (Sariego, 2002, 233).

Según expone Sariego, estas últimas, se han caracterizado por diversos grados de resistencia y renuencias defensivas de la gran mayoría de pueblos indígenas serranos a lo largo de 400 años, reacciones que han incluido elementos muy disímiles que van, desde las rebeliones armadas hasta la parcial subordinación económica y política en aras de conservar su identidad. Entre las estrategias de este espectro encontramos en diferentes momentos históricos: la persistencia de la dispersión territorial propia de su patrón de asentamiento, apropiaciones de elementos tecnológicos adaptados a la región, adopción de formas de organización política y ritual, reapropiación simbólica, rechazo al sistema educativo, mantenimiento de la economía de subsistencia, el uso de su lengua, la persistencia de su cosmovisión, rechazo a la proletarianización, mantenimiento del



Imagen 18. Mesa de la Hierbabuena 2002.

uso múltiple de los ecosistemas, rechazo al principio de acumulación, la opción de recurrir al derecho positivo mexicano cuando es conveniente, como en el caso del aprovechamiento de la legislación agraria para la defensa de sus tierras contra los intereses ganaderos, forestales, mineros y turísticos.

La conclusión de Juan Luis Sariego es que las diversas modalidades de indigenismo y de integración de los indígenas de la Tarahumara ensayadas por la iglesia, el Estado y el capital, han fracasado hasta ahora en su intento de trastocar las formas de organización territorial y de herencia de sus ranchos, es decir, su patrón de asentamientos laxo y discontinuo, elemento capital de su resistencia ante los embates de la modernidad occidental como veremos más adelante.

En su antropología de la Tarahumara, Sariego ya no tuvo tiempo de profundizar en los efectos de las nuevas modalidades de lo que podemos llamar el "conservacionismo capitalista o neoliberal" tales como el pago de servicios ambientales en la Tarahumara, que promueven la conservación de los bosques, las cabezas de cuencas hidrológicas operando como una especie de subsidio para promover el "supuesto" desarrollo sustentable, pero que en realidad tiende a reconvertir la lógica del uso del territorio y los recursos propios de los pueblos indígenas, hacia la conservación con fines de lucro comercial. Uno de los aspectos más preocupantes de estos programas radica en que todas las decisiones son tomadas nuevamente, por agentes externos, desde la racionalidad que los sustentan, las dimensiones de cada proyecto, los resultados esperados, las inversiones, las ganancias, hasta los mercados secundarios y la determinación de eficacia y eficiencia de cada proyecto. De hecho, nada es decidido por los pueblos indígenas, porque inclusive la decisión de participar en el programa, es comúnmente tomada por las autoridades ejidales, que por lo general son mestizos del ejido, es difícil que un rarámuri llegue a esos niveles de la representación ejidal, puesto que es donde tradicionalmente se han hecho los negocios de la madera, las concesiones mineras o turísticas y ahora, la venta de servicios ambientales. Estas nuevas realidades, quedaron fuera del análisis del profesor Sariego.

El comunitarismo indigenista

Volviendo a la resistencia de los pueblos indígenas de la Tarahumara, es necesario remitirnos ahora a otro tema nodal que Sariego puso en la palestra, acerca de la noción de comunidad en la Tarahumara, partiendo de la crítica de lo que él denomina el "comunitarismo indigenista", entendido como un modelo ideal para promover el cambio social que consiste en "propugnar por la vida en comunidad, la fijación sedentaria en el territorio, la creación de pueblos, la aceptación de sistemas de representación política, un cierto igualitarismo económico, y en general la conformación de patrones de acción en los que

el individuo aparezca subordinado a la comunidad [...] con que los agentes occidentales han pretendido justificar la acción civilizatoria y propiciar la asimilación cultural de los grupos étnicos" (2005, 185-186).

Ante este modelo ideal promovido por los agentes del desarrollo y de la asimilación de los pueblos indígenas de la Tarahumara, y en particular de los rarámuri, éstos se han desplegado con estrategias mixtas de resistencia y de rechazo, pero a la vez de reapropiación parcial y de asimilación. Es digno de mención que Sariego insistía constantemente que el concepto de "comunidad" no tiene equivalente en lengua rarámuri como una prueba de su falta de identificación con esa categoría, desde su punto de vista, más bien impuesta.

Sariego identifica cuatro niveles socio-espaciales a través de los cuales se organiza la vida social rarámuri: el rancho disperso y aislado, la ranchería, la llamada red del tesgüino y el pueblo. Sería largo escribir cada uno de estos niveles en un espacio tan breve como este texto. Lo que sí es posible resaltar es que las relaciones sociales, vecinales, y de parentesco, así como los intercambio y prestaciones que se ofrecen mutuamente los rarámuri, son descritos por Sariego en una urdimbre concéntrica que va del rancho a la ranchería, en la que la red del tesgüino tiene un papel fundamental, tal como ya lo han descrito previamente muchos autores. Los tres primeros niveles son descritos por Sariego como de origen prehispánico y el último como un invento colonial. Éste último nivel sería el que puede asimilarse a la noción de política de comunidad, que se observa en otras partes más meridionales del territorio nacional, pero que de ninguna manera encuentra entre los rarámuri formas de propiedad comunitarias ni trabajo comunal, excepto las promovidas por agentes externos. (Sariego, 2002, 190-192).

Esta dispersión de los asentamientos humanos indígenas serranos fue vista desde siempre como un obstáculo a la promoción de iniciativas civilizatorias promovidas desde una perspectiva occidental, lo que propició no pocos intentos de reunión y concentración en torno a localidades fijas y aglutinadas.

Por ello se suscitaron diversas estrategias políticas y territoriales para fijarlos en un sitio, formas de sujeción de la población tales como las los pueblos-misión, los albergues escolares, los internados. Se dictaron la Ley sobre la Civilización y Mejoramiento de la Raza Tarahumara de 1906, promovida por el gobernador Enrique Creel, que pretendía establecer colonias al estilo de las reservaciones indias norteamericanas. Otro intento que describe Sariego fue el desarrollado por la política cardenista que proponía la autonomía indígena viendo a estos pueblos casi como nacionalidades al interior del Estado nacional.

Todas ellas fracasaron, al igual que intervenciones posteriores como la creación de fondos regionales para el desarrollo de proyectos productivos y culturales, las empresas de Solida-

ridad, los programas de lucha contra la pobreza, programas de empleo temporal de Oportunidades, Progresá y otras políticas asistencialistas, que promueven el asambleísmo y la reunión en las cabeceras de los pueblos para repartir recursos y ayudas en la búsqueda del anhelado sujeto comunitario. En el mismo tenor se inscribe el establecimiento de clínicas de salud, tiendas comunitarias, jardines de niños, la creación o restauración de templos, tiendas de artesanías “comunitarias” y otras iniciativas para anclar la vida comunitaria.

La necesidad de visualizar lo que en Mesoamérica se entiende por comunidad, fue de acuerdo a Sariego lo que impulsó al Estado y otras instituciones a promover esos intentos de reorganizar a la población tarámuri, e impregnarles una subjetividad colectiva que en el fondo ellos no estaban posibilitados de asumir, puesto que según Sariego, “el núcleo central de la organización social es el individuo y la estructura de la familia doméstica. Los pueblos no son pueblos, sino una red diseminada de pequeños asentamientos autónomos tan dispersos como dispersos se encuentra en este ecosistema los recursos del agua y de la tierra.” (Sariego, 2005, 176).

Después de todos esos intentos fallidos, Sariego adopta una posición muy clara respecto a lo que hay que hacer en la búsqueda de opciones viables para los tarámuri, si se persiguen verdaderamente modelos de desarrollo sustentable, culturalmente compatibles y económicamente eficientes. Antes que nada deben reconocer un estatuto de autonomía, reconociendo su sistema de gobierno y de justicia, que han ejercido por la vía de los hechos durante siglos. Además se deberán restaurar los territorios indígenas que ellos reconocen y que subsisten por debajo de la estructura ejidal que se les impuso. Junto con estas estrategias, Sariego no olvida indicar que las políticas hacia las poblaciones indígenas deben flexibilizarse y superar visiones homegeneizantes, que reconozcan verdaderamente la diversidad étnica con todas sus implicaciones, es decir, superar el paradigma integracionista. Esa, podemos decir, es la utopía sarieguista para la Tarahumara. (Sariego, 2002, 2008,

El indigenismo y la gubernamentalidad en la Tarahumara

Podemos decir, a partir de lo planteado por Sariego, que los proyectos que la Iglesia y el Estado han impulsado durante siglos, se han sustentado en gran medida sobre la necesidad de reunir a esos indígenas dispersos en pueblos o comunidades concentradas, patrón de asentamiento y de organización social que representó siempre, más que un problema político, un desafío epistemológico para el proyecto de integración nacional, lo que se puede equiparar a lo que Sariego denomina “el problema de la Tarahumara”, puesto que rompe con la lógica de control y sujeción de la población bajo un formato unívoco

de organización socioespacial occidental, que brinda las facilidades necesarias para el despliegue de políticas intervencionistas de dotación de servicios, control económico, y lo que me atrevo a agregar, el establecimiento de estrategias biopolíticas de control de la población y de generación de un marco de gubernamentalidad, en el sentido que da M. Foucault (2006) a este término, acorde con los esquemas normativos de la modernidad occidental.

Para concluir, quisiera inscribir el problema de la Tarahumara sarieguista en este concepto foucaultiano, nueva vuelta de tuerca con la que por cierto, quizá el profesor Sariego no estaría del todo de acuerdo.

Foucault explica su concepto de gubernamentalidad de la siguiente manera: Por gubernamentalidad “entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, y el desarrollo de toda una serie de saberes.” (Foucault, 2006, 136).

Foucault propone en sus cursos del Collège de France de 1977/1978 la idea de que el poder, especialmente a través del Estado, crea las estrategias, las instituciones, las nociones que hacen propicia la dominación y el control de la población, proyectando hacia el interior de las representaciones y los saberes, una especie de “normalidad”, una forma de naturalidad que hace aceptar las condiciones sociales, políticas y culturales que resultan de esa aparente realidad, creada a través de esas “tácticas de gobierno que permiten definir en todo momento lo que debe y no debe estar en la órbita del Estado, lo que es público y lo que es privado, lo que es estatal y lo que no lo es. Por lo tanto, el Estado en su supervivencia y el Estado en sus límites sólo deben comprenderse sobre la base de las tácticas generales de la gubernamentalidad” (Foucault, 2006, 132).

Pues bien, a partir de este concepto podemos concluir que el problema de la Tarahumara del que habla Sariego, ha sido como se mencionó anteriormente, un problema ante todo epistemológico, un obstáculo que los tarámuri han impuesto a las políticas, iniciativas e instituciones promotoras de las diversas vías ensayadas para adecuarse a la civilización occidental y que permanentemente este pueblo indígena se ha encargado de contener, desviar y traducir mediante tácticas de resistencia, en apariencia pasiva, pero altamente eficaces aunque insuficientes para superar sus condiciones de marginación, pobreza y exclusión.

Ahora que el profesor Juan Luis Sariego ha muerto, nos queda continuar su labor de análisis de los modelos de desarrollo dirigidos a los pueblos indígenas y promover el respeto a sus derechos, difundir sus luchas de resistencia y los caminos que ellos mismos diseñen y que los conduzcan a un futuro cada vez más autónomo, basado en sus propias visiones de futuro, las cuales quizá converjan con las que aquí hemos denominado, propias de la utopía sarieguista.

Referencias bibliográficas

- Sariego, Juan Luis (2002). *El indigenismo en la Tarahumara. Identidad, relaciones interétnicas y desarrollo en la Sierra de Chihuahua*. INI, CONACULTA-INAH, México.
- Sariego, Juan Luis (2008). *La Sierra Tarahumara: travesías y pensamientos*. ENAH-Chihuahua, México.
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población*. Curso en el Collège de France (1977-1978). Fondo de Cultura Económica, Argentina.

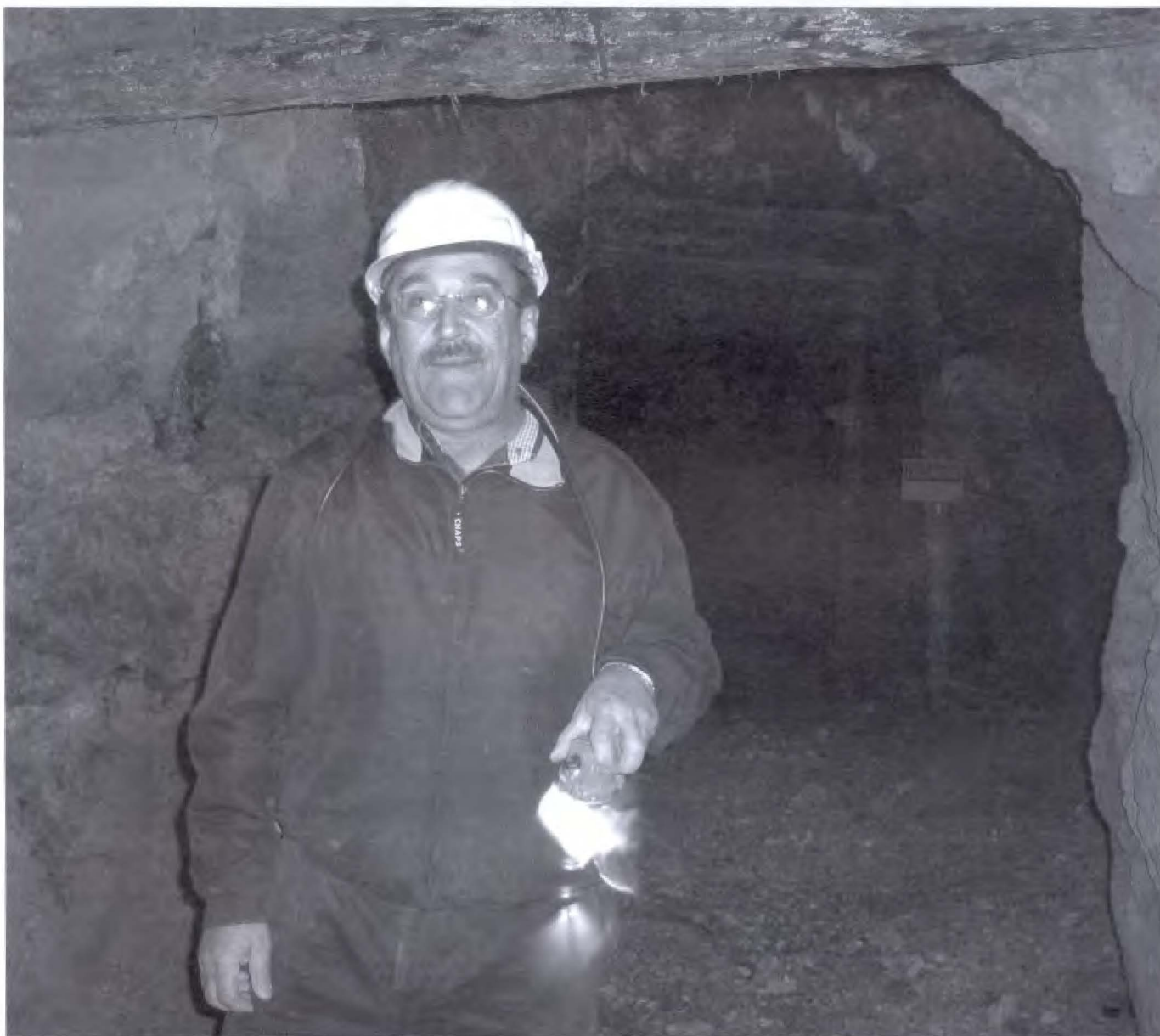


Imagen 19. En Mina Monterde Tarahumara, mayo 2007.

A mi marido amadísimo: Dr. Juan Luis Sariego

Lorelei Servín de Sariego



Imagen 20. Juan Luis y Lorelei.

Fue muy difícil comenzar este texto porque inevitablemente me viene el llanto. Y es que el fallecimiento de Juan Luis, mi compañero de vida por tantos años, y su ausencia tan dolorosa me lastima hasta lo más profundo de mi alma. Así es el duelo. Es un proceso tan agudo, tan hondo, tan punzante cuando fallece un ser tan cercanamente amadísimo, que nadie se puede imaginar la inmensa tristeza que tengo por su partida al cielo. Nadie se lo puede imaginar, hasta que se vive.

Al cáncer Juan Luis y yo lo veíamos de lejos, en otras personas, en gente cercana o gente querida, y sentíamos pro-

fundamente a quienes lo padecían solidarizándonos con ellos. Pero nunca pensamos que esto nos podía pasar a nosotros. ¡Y sí pasó! Un día el cáncer nos tocó a la puerta de casa. La voz de los médicos nos dejó congelados, mudos, en shock. Y nos preguntábamos ¿por qué a nosotros?

Pero en todo ese período de lucha contra el cáncer, había que actuar rápido, y no había otra opción más que ser fuertes. Había que tener fortaleza en todos los sentidos y en todos los momentos difíciles. No era hora de echarse a llorar, ni de compadecerse. Era tiempo de buscar otras opiniones médicas. Y

Juan Luis se hizo todo un “guerrero”, como todos aquellos que lo han padecido.

¡Él quería seguir vivo! y juntos le apostamos con entereza y con la mejor actitud a todos los tratamientos, ya fueran sesiones de radioterapia, medicina alternativa, medicina naturistas, tratamiento para alcalinizar el cuerpo, y desde luego el veneno de la quimioterapia. Juan Luis toleró todo los efectos secundarios de los procedimientos médicos con la esperanza de seguir vivo. Y todos los días rezábamos juntos con toda nuestra fe, con toda nuestra esperanza para esperar el milagro de que continuara vivo, aunque fuera con tratamientos paliativos. Y nada funcionó. Entonces me enojé con todo, y me cuestioné todo. ¡Todo de todo!

Seguro que quienes lean este texto me entienden o por lo menos se lo podrán imaginar. El fallecimiento de Juan Luis, mi MIO, como yo le decía, me dejó devastada. Así de sentida es su ausencia.

Pido disculpas por esta introducción porque sé que a Juan Luis no le gustaría, y sé que solo el tiempo me ayudará a recordarlo como era él, con una gran vitalidad. Por esto quiero redactar de manera breve en este texto lo único que me da vida, que son algunos de los muchos recuerdos maravillosos de todos nuestros años de matrimonio, de colegas, de encubrimientos, de estar juntos en las buenas y en las malas, de ir en una estrecha cercanía y en la misma mira.

A manera de resumen, Juan Luis a los 22 años, y después de haber terminado su Licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad de Comillas, España, decidió irse al Chad, África donde siendo novicio de la Compañía de Jesús tenía como único objetivo acompañar a la población Nár y elaborar un método de aprendizaje de su lengua. Su estancia y convivencia con este grupo étnico africano fue la que finalmente le ayudó a descubrir que su vocación era otra; la de ser antropólogo.

Al regresar a España decidió estudiar un postgrado en Antropología Social. Sus superiores jesuitas le recomendaron hacerlo en Inglaterra o en México, inclinándose finalmente por nuestro país, donde llegó en el año de 1975. A sus 26 años realizó sus estudios de Maestría en la Universidad Iberoamericana, y donde además su vida tomó otro rumbo. Se hizo antropólogo, y como él bien decía “picando piedra” en una tierra ajena que finalmente fue también la propia. Y el desarrollo de su profesión la hizo toda su vida con lujo de detalle.

Como anécdota graciosa, Juan Luis platicaba que en esa época, en la ciudad de México, la gente le notaba un acento entre mexicano y español. Pero además llamaba la atención su apellido Sariego, poco común en México. Entonces le preguntaban ¿Usted no es de aquí, verdad?, a lo que Juan Luis respondía con toda naturalidad: No oiga. Yo soy de Campeche Y las intriguadas personas respondían satisfactoriamente ¡Ah, con razón!

En el Distrito Federal Juan Luis vivió y trabajó por varios años. Ahí se casó por primera vez y tuvo la gran fortuna de

tener a su hija Ana Yunuén. Sin embargo el empuje, iniciativa y creatividad de un grupo de colegas antropólogos, y de él mismo, los animaron a imaginarse y a llevar a cabo un innovador proyecto de antropología en otro estado del país. A Juan le venía bien poner “tierra de por medio” para salir adelante e iniciar otra nuevo proyecto de vida. De manera decidida y de forma empeñosa se echó a andar y a emprender otras “Travesías y pensares”, y el rumbo que tomó fue el norte de México: En Chihuahua.

En 1990 se funda la ENAH-Unidad Chihuahua con un plan de estudios previa y laboriosamente planeado entre todo ese equipo de antropólogos. Con el apoyo del INAH hubieron de rentar casa, pintar paredes, amueblarla con escritorios y mesa-bancos de re-uso, tocar puertas en diversas instancias de gobierno de Chihuahua para pedir ayuda, conseguir computadores con proyectos de CONACYT, entre muchas otras actividades más. Sin embargo, y al paso del tiempo, la mayoría de los fundadores tomaron otro rumbo por diversas razones personales y académicas. Y Juan Luis fue el único que continuó en Chihuahua.

Este centro educativo fue creciendo con el paso de los años tanto en apertura de plazas, de planta de profesores, de personal administrativo, de formación del Patronato, compra del edificio, construcción de aulas y cubículos para maestros, ampliación de la gama de alternativas de formación profesional, y desde luego el aumento del alumnado. Y todo ha sido posible gracias al esfuerzo y dedicación de los diversos directores que ha tenido la escuela, del apoyo del INAH, y por supuesto de todo el personal en su conjunto como un gran equipo de trabajo.

Hoy la ENAH-Unidad Chihuahua lleva el nuevo nombre de EAHNM (Escuela de Antropología e Historia del Norte de México). El cambio del nombre de la escuela da igual, porque es la misma escuela. La historia no se puede borrar y eso lo sabemos de memoria. Este es el proyecto educativo que ese grupo de fundadores antropólogos lo soñaron, lo imaginaron, lo construyeron y lo pusieron en marcha. Juan Luis decía, ¡Este proyecto educativo ya se echó a andar, y ya no hay quien lo pare!

Con esa visión emprendedora de este grupo de fundadores, entre ellos Juan Luis, fue posible lograr muchas generaciones de licenciados, maestros y doctores en Antropología Social, quienes ahora desempeñan su profesión en el estado de Chihuahua, en otros estados de la República Mexicana, e incluso en otras partes del mundo como Chile, Estados Unidos, África, Perú, Brasil.

Rememoro la pasión que tenía Juan Luis por su profesión. Era un antropólogo con una verdadera vocación de ser maestro, de enseñar en las aulas con gran entusiasmo y de dirigir tesis de varias de estas generaciones de alumnos. Recuerdo que el realizar con sus alumnos el Trabajo de Campo era fundamental, y como él bien decía: “El Trabajo de Campo

es el ingrediente más importante, más rico, más delicioso para un antropólogo social. Sin él no se puede hacer investigación”.

Pero además Juan Luis se daba el tiempo en participar en coloquios, congresos, evaluaciones del “Programa de Oportunidades”, y evaluaciones externas de CONACYT, dictaminador de proyectos, y presentador de libros, entre otras actividades más. Y todo ello lo realizó en México o en el extranjero. No sabía decir que “no” a cualquier invitación. Y en todos esos eventos como profesor-investigador invitado le apostaba y participaba con un gran empeño. Mi marido Juan Luis era admirable. ¡No paraba!. Tenía una energía, y una vitalidad única, incasable.

Se me viene a la memoria que en muchas ocasiones duraba toda la noche redactando alguna ponencia. Y yo le decía: Juan Luis ya duérmete. Mañana continúas, tienes que descansar -sin que desde luego me hiciera caso alguno. Y ya amaneciendo me despertaba, y susurrando con voz bajita me decía: Mi reina, ya terminé la ponencia. Y me quedó Chirilonga Makloy Esa era una expresión que nunca supe de donde la sacó, pero que era muy de él cuando le quedaba algo perfecto. Así era Juan Luis, apasionadamente perfeccionista.

Los éxitos no se logran solitos. Por todo lo que él trabajó, lo sudó y se esforzó Juan Luis fue merecidamente galardonado con dos premios nacionales “Fray Bernardino de Sahagún”: a la mejor tesis de Maestría y a la mejor tesis de Doctorado. Por eso también llegó a ser SIN III en el CONACYT, y por eso fue nombrado por el INAH como Profesor-investigador Emérito.

Más aún, y satisfactoriamente, Juan Luis fue muy amado por mí, por su hija, sus hermanos, sus cuñados, sus sobrinos, y por tantos alumnos, amigos y colegas. ¡Qué más satisfacción que esa!

Nadie me dejará mentir. Juan Luis era un buen hombre, un excelente hombre. Y como todos los humanos tuvo sus defectos, de los que nadie se salva. Era un buen hombre como el pan de Dios y amaba intensamente. Fue profundamente generoso, responsable, trabajador, proactivo, emprendedor, defensor de lo justo, ingenioso, protector, detallista, cariñoso. Y además con una gran chispa brillante del buen humor, del compartir con sus bromas una gracia única de risas que contagiaba a todo el mundo. Yo me quedo con eso y con su abrazo grande amoroso y cálido, que me arropaba.

Falleció muy joven, y todavía le quedaba mucho por hacer. Pero no me puedo quejar, porque tengo mucho más que agradecer. Comienzo por agradecer su vida misma y por vivir plenamente juntos.

Hace muchos años al casarnos, fuimos armando poco a poco nuestro hogar. Aprendí antropología con él, trabajamos juntos, o cada quien en su propio trabajo. Viajamos mucho, comimos delicioso, bailamos, cantamos y disfrutábamos todo. Nos tocó enfrentar las enfermedades suyas y de su hija Yunuen y lo superamos juntos. Miles de veces nos reímos en grandes y a carcajadas, y también lloramos juntos. Nos peleábamos,

y luego nos contentábamos, nos abrazábamos y nos perdonábamos. Nos necesitábamos porque hicimos la vida juntos. Tuvimos una complicidad de amor de la que solo puedo darle eternamente las gracias a Dios y a la vida.

Siempre hay un antes y un después de la inevitable muerte, de la forzosa despedida. En este hoy, nada me ha sido fácil. Paso a paso debo continuar adelante, siempre acompañada de él. Hoy Juan Luis me diría “Ándale mi reina, no te tardes”. Y ciertamente sé que algún día volveremos a estar juntos, cuando Dios lo decida. En memoria tuya... ¡Va por ti Juan Luis! Y va por mí.

Por último, es seguro que allá arriba, ahora Juan Luis está organizándole a Dios la “Antropología del Cielo”.



Imagen 21. Juan Luis

Actividades culturales de la Eahnm

Mónica S. Iturbide Robles

Julio

1. Curso: "Neurociencias aplicadas a Estudios Sociales", impartido por el Dr. Roberto Mercadillo Caballero del 20 al 23 de julio - 15:00 a 20:00 hrs. Organizó la maestría en Antropología Física.

Agosto

1. Conferencia: "La perspectiva de la violencia estructural en el análisis del despojo territorial", impartida por el Dr. Horacio Almanza Alcalde. Organizó la Extensión Creel de la EAHNM en Creel, Chih.

2. Curso: "Enfoques para el abordaje del despojo del territorio indígena", impartido por el Dr. Horacio Almanza Alcalde, del 25 al 28 de agosto. Organizó la Extensión Creel de la EAHNM en Creel, Chih.

3. Conferencia: "Cuerpo y experiencia en Antropología", impartido por la Dra. Anabella Barragán Solís. Organizó la Maestría en Antropología Física a través de su Seminario Permanente.

4. Curso: "Antropología Cultural", impartido por el Dr. Adán Pando Moreno. 24 al 28 de agosto. Organizaron: la Secretaría Académica de la EAHNM y la Universidad Autónoma de Chihuahua a través de la Facultad de Filosofía y Letras.

5. Conferencia: "Zona arqueológica de Toluquilla, Que-

rétero: una recapitulación". Impartida por la Dra. Elizabeth Mejía Quezada. 26 de agosto. Organizó la Licenciatura en Arqueología.

6. Presentación del libro: "Indígenas Universitarios en la Sierra Tarahumara: A la búsqueda de un derecho negado", Autora: Antrop. Amelia García. 19 de agosto. Organizó la Extensión Creel de la EAHNM en Creel, Chihuahua.

7. Conferencia: "Masculinidades, cuerpos y tránsitos. Hombres, mujeres y familias migrantes de Jerez, Zacatecas, 1940-1964". Impartida por el Dr. Juan Miguel Sarricolea Torres. 19 de agosto. Organizaron la Licenciatura y Maestría en Antropología Social.

8. Conferencia de inicio de cursos: "Los desafíos de la antropología en el México contemporáneo". Impartida por el Mtro. Diego Prieto Hernández. 17 de agosto. Organizó la Subdirección de Difusión, Vinculación y Extensión.

9. Curso: "Prospección geofísica y análisis químicos en campo y laboratorio". Impartido por la Dra. Elizabeth Mejía Quezada. Del 24 al 28 de agosto. Organizó la Licenciatura en Arqueología.

10. Conferencia de inicio de cursos: "Historia de la llegada del Espiritualismo Trinitario Mariano a Mérida Yucatán durante el Siglo XX". Impartida por el Mtro. Ricardo Rodríguez González. 17 de agosto. Organizada por la Extensión Creel de la EAHNM en Creel Chihuahua.

11. Reunión anual de la Red de Historia Demográfica, organizando el coloquio: "Movimientos de Población en la Nueva España y México siglos XVI al XX. Llevada a cabo en la población de Creel y en las instalaciones de la EAHNM de la cd. de Chihuahua, del 26 al 28 de agosto. Convocaron la Subdirección de Difusión, Vinculación y Extensión y el Colegio de Michoacán.

12. Conferencia: "Evolución de la cognición social en humanos, primates y otros animales", impartida por la Dra. Rosa Icela Ojeda Martínez. Organizada por la Extensión Creel de la EAHNM en Creel, Chihuahua.

Septiembre

1. Proyección de la película: "Fresas Salvajes". Convocó: Antropología Fílmica. Cineclub de los estudiantes de la EAHNM. 30 de septiembre.



Imagen 22. Conferencia de inicio de cursos: "Los desafíos de la antropología en el México contemporáneo". Impartida por el Mtro. Diego Prieto Hernández. 17 de agosto



Imagen 23. Mesa Panel: "Saberes y Poscolonialidad; discusiones en torno a lo local". 10 de septiembre. Panelistas: Dr. Horacio Almanza, Mtro. Federico Mancera y Mtro. Arturo Herrera.

2. Curso: "Temas de Actualización en Paleoantropología" impartido por el Dr. Alejandro Terrazas Mata. 28 de septiembre al 2 de octubre. Organizó la Licenciatura en Antropología Física.

3. Conferencia: "Restos humanos del límite Pleistoceno-Holoceno en las cuevas sumergidas de Quintana Roo. Implicaciones para el poblamiento de América", impartida por el Dr. Alejandro Terrazas Mata. 30 de septiembre. Organizó la Licenciatura en Antropología Física.



Imagen 24. 4. Conferencia. "La participación de las mujeres en el asalto al Cuartel de Madera: Revisión a sus 50 años". Impartida por la Mtra. Nithia Castorena Sáenz. 25 de septiembre. Organizó la Subdirección de Difusión, Vinculación y Extensión.

5. Conferencia: "Tonalixco: Frente al Sol. Conociendo una Forma de Vida", impartida por la Antrop. Física Adriana Sánchez Aponte. 25 de septiembre. Organizó el Centro de Lenguas Indígenas de la EAHNM en el marco del Seminario de Lingüística y Antropología.

6. Conferencia: "De la ansiedad al método. Una aproximación a los cuidadores primarios de personas con esquizo-

frenia". 28 de septiembre. Invitó la Maestría en Antropología Física, través de su Seminario Permanente.

7. Mesa Panel: "Saberes y Poscolonialidad; discusiones en torno a lo local". 10 de septiembre. Panelistas: Dr. Horacio Almanza, Mtro. Federico Mancera y Mtro. Arturo Herrera. Organizó la Subdirección de Difusión Vinculación y Extensión.

8. Curso: "Tipología semántica y métodos de campo" impartido por la Dra. Violeta Vázquez Rojas. Del 7 al 11 de septiembre. Organizó la Licenciatura en Lingüística Antropológica.

9. Conferencia: "Como (no) hacer una descripción semántica en campo", impartida por la Dra. Violeta Vázquez Rojas. 11 de septiembre. Organizó la Licenciatura en Lingüística Antropológica.

10. Proyección del documental: "Miss Representation", en el marco del Cine Debate sobre la mujer. 4 de septiembre. Organizó La Subdirección de Difusión, Vinculación y Extensión.

11. "Fotopaseo a El Sauz, Chihuahua". 6 de septiembre. Organizó la Subdirección de Investigación.

12. Concurso de fotografía: "Vida cotidiana de la Mujer en el medio escolar, laboral y cultural en México". Organizó la Subdirección de Difusión, Vinculación y Extensión. 14 octubre se dan a conocer los ganadores, premiación en el mes de noviembre.

13. Curso: "Políticas públicas, turismo y educación" impartido por Dr. Juan Carlos Silas Casillas. Organizaron la Licenciatura en Antropología Social y la Extensión Creel, de la EAHNM en Creel, Chihuahua.

14. Conferencia: "Comprendiendo la realidad desde sus actores", impartido por el Dr. Juan Carlos Silas Casillas. Organizó la Licenciatura en Antropología Social y la Extensión Creel de la EAHNM, en Creel, Chihuahua.



Imagen 25. Reunión anual de la Red de Historia Demográfica, organizando el coloquio: "Movimientos de Población en la Nueva España y México siglos XVI al XX".



El Aprendiz



Imagen 26. Altar elaborado. Fotografía Alma Guzmán

De inicios y regresos

Por Ricardo Schiebeck

En este semestre además de los alumnos que afortunadamente regresan a continuar con sus estudios, también se incorpora una nueva generación a nuestra escuela, a unos y a otros les damos la bienvenida y les deseamos el mayor de los éxitos. Para esta edición nos sumamos nuevamente al recuerdo de nuestro entrañable profesor el Dr. Juan Luis Sariego, siendo el primer semestre en el cual no contaremos con su presencia física pero sin duda su legado nos seguirá conduciendo.

Además, compartimos las experiencias de trabajo de campo de algunos de nuestros compañeros, mostrando la diversidad en el cual puede efectuarse; ya sea a través de la visita a un contexto diferente o el acercamiento directo a una comunidad. Y dado a que el trabajo y el estudio nunca tienen un fin, otros compañeros anuncian sus avances que presentarán en los próximos eventos académicos. Esperamos que nos sigan acompañando en este espacio y sobre todo en este camino formativo tan gratificante.

Hasta pronto profe, en memoria del Dr. Juan Luis Sariego

Por Monserrat Pérez y Patricia Solís

Mucho se ha dicho de la inconmensurable pérdida que tiene la antropología mexicana con la partida del Dr. Juan Luis Sariego Rodríguez y del hueco tan grande que deja, no es para

menos. Él llegó a Chihuahua a hacer germinar la antropología en un suelo que muchos vieron como seco, construir desde los cimientos una escuela dedicada a los problemas sociales del norte de México; misma que cuidó hasta su último día. Nunca claudicó, con amor y vocación ejerció su profesión. Afortunado todo aquel que lo conoció, dichoso cada alumno que aprendió del fundador de la ENAH-Chihuahua y piedra angular de la EAHNM.

Nos deja grandes enseñanzas, el amor a la gente y a la antropología, el ejemplo de entrega completa, el traer las botas puestas, no andar papaloteando, además de incontables momentos que atesoramos profundamente. Gracias por dejarnos la semilla de buscar lo fino en nuestro quehacer antropológico y el deseo de ir más allá en nuestras investigaciones y vidas. Los gigantes no mueren, pues sus huellas siempre nos seguirán guiando.

De vuelta a la reflexión

Por Aldair García

Como parte de las actividades de nuestra escuela para comenzar el semestre 2015-II, el pasado 17 de agosto se llevó a cabo la ya tradicional conferencia de apertura de curso. El lugar de encuentro de más de un centenar de alumnos fue el auditorio de la Comisión Estatal de los Derechos Humanos (CEDH). La conferencia fue impartida por el Mtro. Diego Prieto Hernández, quien actualmente ocupa el cargo de Coordinador Nacional de Antropología en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), compartiendo una charla titulada "Los desafíos de la antropología en el México contemporáneo". En la cual a partir de una revisión histórica del quehacer antropológico, de la realidad actual y de sus experiencias personales, invitaba a la reflexión sobre los compromisos y circunstancias particulares del antropólogo del siglo XXI; tema relevante para cualquier antropólogo sin importar en que etapa de su proceso formativo se encuentre.

De visita para conocer y repasar lo aprendido

Por Abril Martínez

Como parte del trabajo de campo de los estudiantes de cuarto semestre de la licenciatura de Arqueología se realizó un viaje a la ciudad de México y un recorrido en Cuernavaca durante la segunda semana de julio. Entre los sitios que se visitaron destacan: el Centro Histórico de la ciudad de México (Templo Mayor, el Palacio Nacional, la Catedral Metropolitana y el Antiguo Templo del Arzobispado), las zonas arqueológicas de Tlatelolco y Cuicuilco, y por supuesto el Museo Nacional de Antropología. Mientras que en Cuernavaca se realizó un recorrido por Xochicalco y el Museo Regional Cuauhnahuac, también conocido como el Palacio de Cortés.

Si bien este trabajo de campo difiere un poco del ideario que se posee sobre el quehacer arqueológico, las actividades realizadas en cada sitio tuvieron relación directa con las materias de Geomorfología, Paleoambiente y Depósitos Arqueológicos,



Imagen 27. Habitantes del poblado. Fotografía Ricardo Méndez

razón por la cual la visita contribuyó a profundizar en los conocimientos aprendidos en el semestre, teniendo particular interés en la identificación de materias primas de los sitios, su obtención y modificación, la relación comercial entre los grupos culturales y, en general, la comprensión del desarrollo cultural de la cuenca de México. No cabe duda que el trabajo de campo de los arqueólogos no sólo implica excavación.

En contacto con la lengua cora hablada en la comunidad de Jesús María

Por Wendy Anchondo

Los estudiantes de la licenciatura de Lingüística Antropológica que cursaron la materia Diseño y Técnicas de Investigación II a cargo del Mtro. Edgar Adrián Moreno realizaron su temporada de campo en la comunidad de Jesús María, en el municipio del Nayar del estado de Nayarit; cuyos habitantes son hablantes de lengua cora. En el lugar permanecieron doce días con la intención de conocer la lengua y cultura de este grupo indígena.

Entre las actividades realizadas están la elicitación de cuestionarios y la revisión de aspectos particulares de la lengua como el orden de los constituyentes, los demostrativos, los adjetivos y la marca de posesión. Del material recogido actualmente se procede a la reflexión y el análisis para posteriormente presentar los resultados en el 1er Foro de Estudiantes de Lingüística y Antropología (FESLA) organizado por nuestra institución.

En camino al Coloquio Internacional de Antropología Física "Juan Comas"

Alma Delia González Félix

Dentro de las actividades fundamentales en nuestra formación como estudiantes de antropología se encuentra la participación en eventos que dentro o fuera de nuestra institución permiten el enriquecimiento en conocimiento y experiencia.

En este sentido, un grupo de alumnos de la licenciatura de Antropología Física está realizando trabajos de laboratorio con material óseo humano y cánidos obtenidos durante la práctica de campo que se realizó durante el semestre pasado en el estado de Sinaloa. La temática se enfoca en el estudio de la presencia de perros en los contextos funerarios, así como el análisis de características que presentan los restos óseos recogidos durante el trabajo de campo anterior.

Se presentará dicho trabajo en el Coloquio Internacional de Antropología Física "Juan Comas", el cual se lleva a cabo cada dos años y es organizado por la Asociación Mexicana de Antropología Biológica. En esta ocasión se celebrará en el estado de Durango del 16 al 20 de noviembre del presente año. Con gran entusiasmo nuestros compañeros se preparan para mostrar sus avances en investigación, descubrir los de otros alumnos y profesores, y por supuesto conocer a sus futuros colegas.



Lineamientos para publicar en el Expedicionario:

Expedicionario Revista de Estudios en Antropología, es una publicación trimestral de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM), abierta a toda la comunidad académica tanto de la EAHNM como de otras instituciones para la difusión de su quehacer de investigación a través de artículos originales, noticias, entrevistas y reseñas bibliográficas, organizados en torno a una temática central, misma que podrá ser propuesta por uno o varios investigadores que se encargarán de compilar el material.

Los lineamientos para la publicación son los siguientes:

1. Los artículos deberán ser inéditos y estar escritos en español, en lenguaje sencillo, pero sin perder el rigor académico.
2. Deberán presentarse en formato digital con las siguientes características: Microsoft Word (2000, XP, 7 o el más reciente) con letra tipo Times New Roman, tamaño 12 y a doble espacio. En caso de llevar imágenes o fotografías, éstas deberán ser entregadas en un documento aparte.
3. La extensión de los escritos deberá ser de la siguiente manera:
 - a) Los artículos o ensayos deberán tener una extensión máxima de 10 cuartillas, incluyendo bibliografía.
 - b) Las reseñas bibliográficas, 1 cuartilla.
 - c) Entrevistas, máximo 3 cuartillas.
 - d) Noticias o información, máximo 200 palabras. El sistema de referencias será Harvard, que puede ser consultado en la siguiente página:
https://www.ucbcba.edu.bo/Documentos/El_sistema_de_referencias_Harvard.pdf
4. En caso de fotografías u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien usar un escáner para ampliar las imágenes a tamaño carta y digitalizarlas a 400 dpi, deberán ser entregadas en mapa de bits (TIF, BMP) o en formato jpg. Los artículos y ensayos podrán llevar como máximo cuatro imágenes; para los demás textos únicamente se permitirá una imagen.
5. El autor deberá incluir los siguientes datos: nombre completo, institución de adscripción, especialidad, teléfonos, correo electrónico, currículum breve (no más de 10 líneas), para ser localizado con facilidad.
7. Los textos deberán enviarse a la siguiente dirección electrónica: eahnm.expedicionario@gmail.com
8. Los materiales recibidos serán sujetos a dictamen por parte del Comité Editorial de la revista, quien determinará la viabilidad o no de su publicación. Una vez emitido el dictamen, se notificará a los autores, en un plazo no mayor a tres meses
9. Al aprobarse un texto, el autor cede los derechos patrimoniales sobre su trabajo y autoriza su difusión por medios impresos y electrónicos.
10. Los contenidos de los textos y las opiniones expresadas son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Presentación

Andrés Oseguera M.

Juan Luis Sariego: in memoriam

Luis Reygadas

La formación de antropólogos en el norte de México: Reflexiones a partir de la experiencia de la EAHNM

Margarita Hope

Estudiar en las orillas. Una experiencia vivida de la mano del Profe Juan Luis Sariego Rodríguez

Irma Gabriela Fierro Reyes y Ricardo Rodríguez González

La vida en citas

Raúl García Flores

Juan Luis Sariego y su contribución a la formación de investigadores en el norte de México. Una visita a mis recuerdos de estudiante

Enrique Soto Aguirre

Comunidad. Un concepto central en la obra de Juan Luis Sariego

Andrés Oseguera M.

Juan Luis Sariego. Antropólogo de los despojados

Victor M. Quintana S.

A Juan Luis Sariego Rodríguez, que estará “tejiendo la filigrana” donde quiera que se encuentre

Claudia Delgado Ramírez

Juan Luis Sariego: un maestro ejemplar

Amelia García Ramírez

Juan Luis Sariego y su “Antropología de la Tarahumara”

Arturo Mario Herrera Bautista

A mi marido amadísimo

Lorelei Servín

Actividades culturales de la EAHNM

Mónica S. Iturbide Robles

El aprendiz**Expedicionario****Escuela de Antropología e Historia del Norte de México**

Calle 5 de febrero e Instituto Politécnico Nacional (Calle 29 y 30), Col. Guadalupe, C.P. 31110, Chihuahua, Chihuahua, México Tels. (614) 433 1040-433 4246